LOS HOMBRES de la historia 115

La Historia Universal a través de sus protagonistas

Rabelais

Mario Bonfantini

Centro Editor de América Latina



DOC. EN MEDECINE & M. FRANCOIS RABELAIS

Nacido en Francia en 1494 ó 1496, Rabelais el autor de **Gargantúa y Pantagruel** es un autor de una excepcional originalidad. Rehuyendo casi siempre toda abstracción, se abandona sin frenos al placer de la representación, la más evidente posible, de un vigor y una riqueza obsesionantes y juega al mismo tiempo con la cultura clásica y cristiana, científica y literaria.

Su obra, si bien se presenta exteriormente como una fantasiosa, gigantesca, sorprendente y espirituosísima bufonada, revela también la clara ambición del autor, plenamente realizada, de ofrecer una representación satírica del mundo, tan vasta como compleja, violentamente reidera pero casi siempre precisa y profunda. Su comicidad se funda en una agudísima y desprejuiciada observación de la realidad, por lo que un rasgo de su personaje, una inflexión de voz, se transforma en la revelación de un carácter o de un tipo y de todo el mundo que el mismo representa.

Afortunado desde el punto de vista literario, su mensaje penetró profundamente en toda la cultura francesa y a través de ella se convirtió en parte del patrimonio común de nuestra civilización. Rabelais fue un auténtico maestro no sólo de todos los autores realistas y burlescos, sino también y sobre todo, de los filósofos "libertinos"; y sobre estas huellas alimentó la gran polémica iluminista para, luego de la Revolución, convertirse en una especie de profeta del laicismo rebelde, hasta que el Romanticismo asumió finalmente su obra en toda su riqueza de motivos y original potencia creadora, imponiéndola a la cultura de la época moderna como una de las obras maestras - y tal vez la más rica en fermentos siempre actuales - de la literatura mundial.

Murió en los primeros días de abril de 1553, tal vez el 9, en París y muy probablemente en el convento colegiado de Saint-Maur-des Fossés.

Ultimos títulos publicados en esta colección:

Esta obra fue publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico, Fulvio Pontrelli.

115 - Rabelais - Humanismo y Contrarreforma

Este es el cuarto fascículo del tomo Humanismo y Contrarreforma (Vol. 2)
La lámina de la tapa pertenece al tomo Humanismo y Contrarreforma (Vol. 2) del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 115:

SNARK: p. 87 (1); p. 88 (1,2,3,4); p. 91 (1,3); p. 93 (3); p. 94 (1,2,5,6); p. 97 (2,6); p. 99 (1-6); p. 101 (2); p. 103 (2); p. 105 (1,3,4,5,6); p. 109 (1); p. 111 (1).

Traducción de Antonio Bonanno

Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en Agosto de 1970.

Rabelais

Mario Bonfantini

1494
Fecha más probable (otros propusieron la de 1496) del nacimiento de François Rabelais, hijo de *Maître* Antoine, rico abogado del tribunal de Chinon, en Indre-et-Loire. Se ignora el nombre y el apellido de la madre, que provenía de una noble familia de propietarios de los alrededores. Antes que en Chinon, se piensa no sin razón que Rabelais nació en la casa de campo paterna denominada La Devinière, al sur de la ciudad, cerca de la Abadía benedictina de Seuilly, donde muy probablemente él cursara sus estudios primarios.

1515-1518
Frecuenta esporádicamente, tal vez en la Facultad de Leyes, la Universidad de Angers, donde también estudia teología. Parece ser que contemporáneamente es novicio del convento franciscano de La Baumette, a las puertas de la ciudad.

1520
Rabelais, que posee el grado de teólogo, es decir, sacerdote, se halla como hermano franciscano en el convento del Puy-Saint-Martín, en la aldea de Fontenay-le Comte, donde estudia afanosamente los clásicos griegos y latinos, en compañía de otro monje, Pierre Amy, mayor y, parece ser, más docto que él y que ya estaba en relación con uno de los jefes de la primera generación de los humanistas franceses, el famoso Guillaume Budé.

1521
Luego de escribirle, por iniciativa de Pierre Amy, una primera carta a Budé, en la que expresa su devota admiración, le envía, con fecha 4 de marzo, una segunda. Así comienza relaciones amistosas con aquel maestro, de quien recibe consejos.

1522-1524
En torno a él y a Amy se forma un pequeño cenáculo, en el que toman parte el humanista jurista André Tiraqueau y el lugarteniente general del senescal de Saintonge, el docto Amaury Bouchard. Es probable que en este período Rabelais comenzara su correspondencia con Erasmo de Rotterdam, cuya amistad siempre gozará (en una carta que le dirigirá el 3 de noviembre de 1532, y que se ha conservado, dirá que le debe a Erasmo lo poco que es). Hacia fines de 1524 parece ser que se inició para Rabelais y Amy la denominada "persecusión".

1525
A continuación de la prohibición de la Facultad de Teología de París (la Sorbona) a todos los religiosos de cultivar la lengua griega, los preciosos textos de Rabelais y Amy son confiscados. Pierre Amy se escapa, se refugia en el convento benedictino de Saint-Mesmin cerca de Orleáns, luego en Lyon, y no sabemos más de él. Rabelais se somete, pero poco después pasa al convento benedictino de Saint Pierre-de-Maillezais (en el bajo Poitou), gozando de la protección del abate Geoffroy d'Estissac, que era también obispo de la pequeña ciudad de Maillezais. D'Estissac le obtiene del papa Clemente VII un indulto por el cambio de Orden.

1526-1527
Secretario y tal vez también preceptor del sobrino y alumno del obispo d'Estissac, vive con el joven y su tío, especialmente en el priorato del burgo de Ligugé; los acompaña en viajes por los alrededores, y a Poitiers, frecuentando también la Universidad. Hace amistad con cultos e importantes personajes, entre ellos, Jean Bouchet, procurador en Poitiers, y el abate Ardillon.

1528-1529
A principios de 1528, y tal vez ya desde fines de 1527, abandona por causas desconocidas a su protector d'Estissac (al que, sin embargo, por siempre estará ligado afectuosamente), para trasladarse a París como sacerdote secular. Allí estudia y lleva una vida libre, y entre otras cosas tiene dos hijos con una viuda.

1529-1530
Inicia un vagabundeo por el sudoeste de Francia, visitando las universidades de Tolosa y Burdeos, y yendo a visitar en Agen al médico humanista Julio César Scaligero. El 17 de setiembre de 1530 se inscribe en la Facultad de Medicina de Montpellier. En diciembre de aquel año recibe los grados de bachiller.

1531
Desarrolla en Montpellier un curso público, comentando en el texto original los *Aforismos* de Hipócrates y el *Pequeño arte médico* de Galeno en un manuscrito antiguo de su propiedad. Pero no obtiene la Licencia, probablemente por dificultades económicas.

1532
En Lyon publica, mediante el famoso editor Griffo, las cartas latinas del conocido médico ferrarés Giovanni Manardi, dedicándole el libro a su viejo amigo Tiraqueau; publica también, según el propio manuscritos, los *Aforismos* de Hipócrates, con dedicatoria al obispo Geoffroy d'Estissac; y además, hacia fines del año, el apócrifo *Testamento de Cuspidius*, dedicándolo a Bouchard. Da a la prensa un *Almanaque calculado sobre el Meridión de la noble ciudad de Lyon y sobre el clima del Reino de Francia — Compuesto por mi, François Rabelais, Doctor en Medicina y Profesor en Astrología.* El 1º de noviembre de aquel año es nombrado médico del Hospital público de Lyon, con el estipendio de cuarenta libras al año. El 3 de noviembre, en ocasión de la gran feria anual de la ciudad, se pone en venta su *Pantagruel.* Poco después lanza una un fantasioso y burlesco *Pronóstico pantagruélico para el año 1533.*

1533
Continúa viviendo en Lyon, donde se publican nuevas ediciones de su *Pantagruel,* no obstante la condena de la Sorbona, y compone *Gargantúa.* Consigue un nuevo protector en el poderoso Jean Du Bellay, obispo de París.

1534
En los primeros días del año, o tal vez a fines de 1533, parte hacia Roma acompañando a Du Bellay, adonde llega en la segunda quincena de enero. Allí se ocupa de botánica y estudia la topografía de Roma antigua. En abril se halla de regreso en Lyon y en mayo retoma su servicio en el Hospital de la ciudad. Poco después

publica un edición de la *Topografia antiquae Romae* del milanés Marliani, aparecida en Italia poco antes. En la noche del 17 al 18 de octubre se fijan secretamente, en París y en Amboise, escandalosos *placards* (manifiestos) contra la Iglesia romana, atribuidos a los protestantes, pero tal vez obra de un agente provocador. El 3 de noviembre (fecha probabilísima) Rabelais publica el *Gargantúa*.

1535
El 13 de febrero, como consecuencia de las persecuciones religiosas provocadas por los mencionados *placards*, debe abandonar precipitadamente Lyon, sin siquiera despedirse del Hospital, que lo dejará cesante. Se refugia probablemente en Maillezais, en lo de d'Estissac. Poco después Du Bellay, nombrado Cardenal, que debía trasladarse a Roma, le ofrece nuevamente que lo acompañe. Rabelais se reúne con él en Lyon, permanece algún tiempo en Ferrara, donde Rabelais conoce al poeta Marot y a algunos otros sospechosos de protestantismo que estaban bajo la protección de la Duquesa Renata de Francia. Hacia fines de junio o en los primeros días de julio llega a Roma, donde permanece siete meses.

1536
Con fecha 17 de enero un decreto papal lo absuelve de la "apostasía" cometida al salir de la Orden benedictina, en la que es readmitido sin obligación de residencia conventual. Le concede, además, la facultad de ejercer libremente la medicina. A comienzos de mayo llega el cardenal Du Bellay a Lyon, y por su intercesión se convierte en canónigo (con prebenda regular) del nuevo Colegio de Saint-Maur-les-Fossés, cerca de París. El hecho encuentra oposiciones legales, pero todo lleva a creer que logró superarlas.

1537
Vuelto a Lyon, se marcha a Montpellier donde finalmente obtiene la Licencia en Medicina y, luego de seis semanas, el Doctorado. Siempre en Lyon, ejerce el arte médico y desarrolla un curso público de anatomía. Corre el riesgo de ser arrestado por el Lugarteniente general de la ciudad, bajo la falsa acusación de haber enviado a Italia una carta con informaciones útiles a los enemigos de Francia. Se defiende recurriendo al rey Francisco I y a la hermana de éste, Margarita de Navarra. En otoño, desarrolla en Montpellier un curso sobre los *Pronósticos* de Hipócrates.

1538-1539
Continúa ejerciendo la medicina en Lyon, donde nace un hijo natural suyo (Teódulo) al que perderá, con agudo dolor, a la edad de dos años. En julio de 1538 se marcha con la comitiva de Francisco I a Aigues-Mortes, para el encuentro con Carlos V. A fines de 1539 vuelve por tercera vez a Italia, en la comitiva del hermano del cardenal Du Bellay, el capitán Guillaume de De Langey, nombrado gobernador de Piamonte.

1540-1541
Reside en Turín, como médico y sobre todo como secretario del capitán De Langey, manteniendo en nombre de éste y en el suyo propio diversas relaciones diplomáticas, y escribiendo, bajo el título de *Estratagema*, la historia de las campañas de guerra del capitán (la obra, que nunca fue terminada, se perdió). En diciembre de 1541, al volver De Langey a Francia por seis meses, lo acompaña.

1542
A principios del año, al pasar por Lyon, le da al librero Justus el texto para la edición completa de los dos libros, *Gargantúa y Pantagruel*, al que había introducido algunas modificaciones con la esperanza de evitar la condena de la Sorbona, que de todos modos se produjo. En marzo es huésped en el castillo de un nuevo amigo, Etienne Lorens de Saint-Ayl, cerca de Orleáns. En mayo vuelve a Turín con el capitán De Langey.

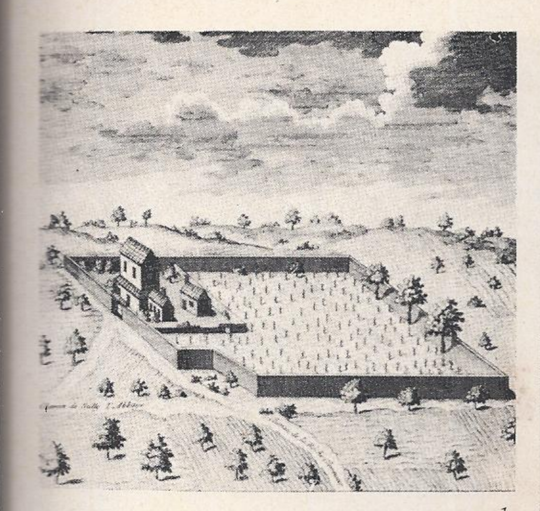
1543-1544
Guillaume De Langey, al sentirse enfermo, emprende regreso hacia Francia, pero muere cerca de Tarare, el 9 de enero, entre los brazos de Rabelais, quien lleva el cadáver a Le Mans y toma parte en las exequias, a las que asiste, entre otros, el joven Ronsard. El 2 de marzo la Sorbona condena a *Gargantua y Pantagruel* Muere poco después Geoffroy d'Estissac, el buen obispo de Maillezais. Rabelais, que en tanto había sido nombrado por Francisco I "Maestro de indagaciones", se vale de su título para descalificar a la condena de la Sorbona. Pasará el resto de aquel año y la mayoría de los años siguientes en París.

1545-1546
Terminado o a punto de terminar el *Tercer Libro de Pantagruel*, obtiene en 1545 por el mismo un largo y elocuente privilegio de Francisco I. La obra aparece en París en 1546. Rabelais, no del todo libre de dificultades económicas, ha publicado y continúa publicando de tanto en tanto, siempre para la editorial lionesa, algunos de sus fantasiosos *Almanaques*. Entre los amigos protectores puede contar ahora con el poderoso cardenal Odet de Châtillon. Pero también su *Tercer Libro* es condenado, y en esta oportunidad el autor, amenazado de arresto, debe buscar asilo en Metz, en una casa de la que el amigo De Saint-Ayl se servía cuando debía marcharse a Alemania en sus misiones diplomáticas ante los príncipes protestantes. Es nombrado médico de la ciudad con un estipendio anual de ciento veinte libras.

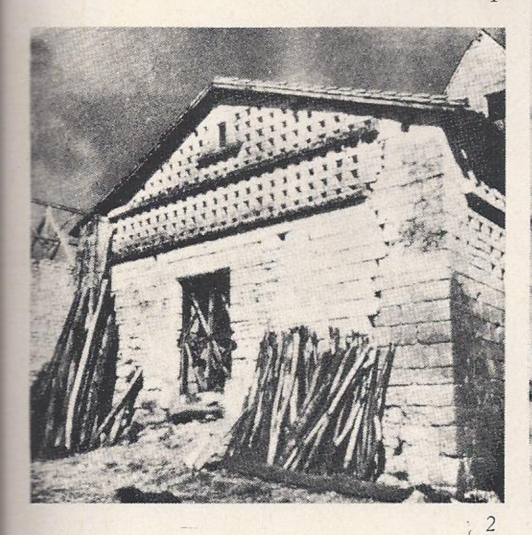
1547-1551
El 6 de febrero escribe desde Metz una carta al cardenal Du Bellay, implorándole su ayuda económica. Muerto poco después Francisco I, el cardenal es enviado a Roma, y lleva en su comitiva al escritor. En julio de aquel año Rabelais parte con el cardenal. Al pasar por Lyon le entrega al librero Pierre de Tours los primeros once capítulos del *Cuarto Libro*, que serán publicados en 1548. Permanecerá en Roma dos años, siempre con Du Bellay. En ocasión de una gran fiesta que éste da en marzo de 1549 para celebrar el nacimiento de un hijo del nuevo rey de Francia, Enrique II, Rabelais redacta su descripción en prosa francesa, con el título *El combate naval y festejos*, uniendo a la misma una oda sáfica en latín. Vuelto inmediatamente después a Francia, obtiene por medio de Odet de Châtillon el beneficio de dos parroquias, la de Saint-Martin-de-Meudon y la de Saint-Christophe-du-Jambert (cerca de Le Mans). Parece ser que residió, pero no en forma continuada, sólo en la primera, hasta la publicación del *Cuarto Libro* de su gran obra.

1552
Publica el *Cuarto Libro de Pantagruel*, en el que si bien no elogia al fanatismo protestante, adelanta múltiples y violentos ataques a la Curia romana. Rabelais contaba con que Enrique II estaba entonces en gran disidencia con el Papa. Pero casi inmediatamente los dos potentados se reconciliaban. Por lo tanto, la habitual condena de la Sorbona y peligros para el autor, que debió esconderse por algunos meses.

1553
Enero. Cede, tras conveniente indemnización, las dos parroquias de las que era titular. Muere en los primeros días de abril de aquel año, tal vez el 9, en París y muy probablemente en el convento-colegiado de Saint-Maur-des-Fossés.



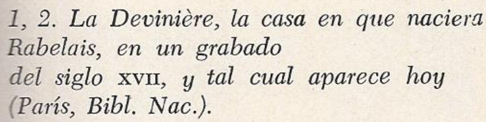
1



2



3



1, 2. La Devinière, la casa en que naciera Rabelais, en un grabado del siglo XVII*, y tal cual aparece hoy (París, Bibl. Nac.).*

3. La abadía de Seuilly, donde probablemente Rabelais cursó la escuela primaria.

Los peregrinos que aun hoy se dirigen a la antigua abadía benedictina de Seuilly rinden homenaje, algunos sin saberlo, a François Rabelais, quien naciera muy cerca, tal vez en Chinon, la pequeña y pintoresca ciudad de Indre-et-Loire. Pero la sugestión se torna más intensa si el que va a aquellos lugares se deja atrapar por la belleza que rodea a los primeros años de la infancia de Rabelais y busca los lugares que fueron familiares al escritor y que aparecen luego en su obra, comenzando por la finca denominada *La Devinière*, en la misma parroquia de Seuilly donde, con mayor seguridad, parece ser que él naciera. La casa de la propiedad continúa siendo la misma.

La fecha de nacimiento se remonta a 1494. El padre, Antoine, era abogado del tribunal de Chinon y poseía tierras en los alrededores, entre estas justamente la finca de la Devinière. Y ciertamente, el futuro autor de *Gargantúa y Pantagruel* debió pasar la primera infancia y parte de la adolescencia en aquella agreste región entre Turena y Berry, en el corazón de la *dulce Francia* del buen tiempo antiguo. Pueblo de suaves colinas boscosas, de límpidos cursos de agua, viñas y fértiles campos, donde él situó luego el teatro de la imaginaria invasión y guerra de Picrochole contra el padre de Gargantúa, hablando del mismo no sólo con pleno conocimiento de causa y con minuciosa precisión —al punto que le permite a los modernos investigadores reconocer uno a uno todos los puntos mínimos a los que alude—, sino también con verdadero sentimiento de afecto.

Así, es sumamente probable que aprendiera los primeros rudimentos del saber en la escuela de la misma abadía de Seuilly, aquella en la que situará a la colorida figura del hermano Juan. De todos modos, resulta un hecho verdaderamente sorprendente que no se sepa nada cierto no sólo del año de nacimiento de François sino tampoco de su adolescencia y juventud.

Primeros estudios, primeras polémicas

El año 1520 es la primera fecha segura, es decir, cuando Rabelais se halla desde algún tiempo como hermano menor en el convento franciscano de Puy-Saint-Martin, en una pequeña ciudad de Poitou, Fontenay-le-Comte, donde también se convertirá en sacerdote. ¿Qué habrá hecho, entonces, el joven François hasta los veinticuatro o veintiséis años de edad? ¿Y cómo explicar tal elección en un hombre que condenará con tanta violencia las costumbres de los monjes y la brutal ignorancia de los mismos? Sus biógrafos, en base a indicios inciertos, conjeturaron que él siguió primero estudios regulares, y que hasta se inscribió en la Facultad de Derecho de Orleáns. El conocimiento del mundo de los leguleyos que Rabelais demuestra en

CARTE DU CHINONOIS

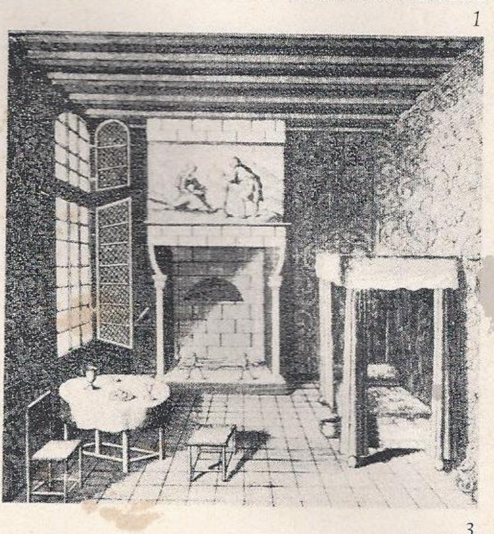
1



2



4



3

1. Mapa de Chinon y los alrededores (París, Bibl. Nac).

2, 3. El exterior y el interior del cuarto de Rabelais en Chinon (París, Bibl. Nac.).

4. Retrato de Rabelais, anónimo (el primero en orden de fecha, París, Bibl. Nac.).

su obra y el violento desprecio que en toda ocasión manifestará por todos los embrollos y ardides de los procedimientos, nos permiten pensar que tales conjeturas no están lejos de la verdad. Y podemos también deducir que, precozmente rebelde a la tradicional educación escolástica aún medieval a la que debió someterse, luego de cumplir el *cursus* con renuencia, François terminó por romper con el padre; probablemente éste deseaba que fuera hombre de ley como él, y Rabelais entonces se haya refugiado en un convento, con la esperanza de hallar en el mismo la seguridad y la tranquilidad necesarias para dedicarse a estudios mucho más *verdaderos*: los de las lenguas clásicas y de la civilización antigua, que los primeros humanistas franceses estaban difundiendo aún más allá de los Alpes. Innecesario decir que este "anticlerical" manifestará durante toda su vida un auténtico y profundo interés por las cosas religiosas, aunque siempre en modo anticonformista.

En Fontenay-le-Comte Rabelais trabó amistad con Pierre Amy, joven monje apasionado por los estudios humanistas; en pocos años ambos se convirtieron en expertos helenistas (cosa muy rara por entonces) y profundizaron lo que hoy llamamos cultura clásica, completando el aprendizaje de los antiguos con la lectura de los mayores humanistas italianos del siglo *XV*, como Ficino, Pico della Mirandola, Lorenzo Valla. Pero de pronto, a fines de 1523, esta vida serena se vio interrumpida por una especie de persecución. Los preciosos libros griegos de Rabelais y de Pierre Amy fueron confiscados; algunos, parece ser, directamente quemados. Había ocurrido que la Facultad de Teología de la Universidad de París, llamada la Sorbona, alarmada por el surgimiento de tendencias protestantes en el "libre examen", ligadas a la difusión de los estudios humanistas, había prohibido nada menos que el estudio del griego. Una prohibición que según parece se debió especialmente al comentario de Erasmo de Rotterdam al texto griego del Evangelio de San Lucas. El hecho no debió tener grandes consecuencias, dado que de allí a pocos años Francisco I instituirá en París a los "lectores (profesores) del Rey" para la enseñanza de las "tres lenguas" (latín, griego y hebreo), propiciando así la creación del célebre *Collège de France;* pero en ese momento no pocos estudiosos de provincia debieron sufrir la repercusión del mismo. En Fontenay, Amy se rebeló, y desde entonces hemos perdido sus rastros. Rabelais, en cambio, se sometió; pero poco después halló un ambiente más adecuado para sus aspiraciones, pasando de la orden de los franciscanos a aquella, mucho más docta por antiquísima tradición, de los benedictinos. Se trasladó, entonces, a la abadía no lejana de Saint-Pierre-de-Maillezais, del que era abate el mismo obispo de la ciudad, Geoffroy d'Estissac. Este, poderoso y amante de la cultura, fue de gran ayuda para Rabelais, que con él viajó por todo Poitou y luego permaneció largamente en su priorato de Liguge. Durante este período es probable que François haya seguido también cursos en la Universidad de Poitiers. Ciertamente fue entonces cuando cultivó la poesía y profundizó el estudio de las lenguas modernas, en particular del italiano, y adquirió también nociones de inglés, de español y de alemán. Período importante este, también porque conoció a los dos hermanos más brillantes de la familia de los Du Bellay: Jean, que será obispo de París y luego cardenal, y Guillaume De Langey, hombre de armas, que será gobernador del rey de Francia en Turín.

Pero apenas tres años más tarde, en 1527, Rabelais, con repentina decisión deja a su protector y va, como sacerdote secular, a París. El motivo de tal hecho no debe buscarse en algún desacuerdo entre él y su protector Geoffroy d'Estissac, quien siguiera protegiéndolo aun después de su partida, sino al espíritu intolerante de toda disciplina, inquieto y vagabundo, que caracteriza al Rabelais joven. También podemos pensar, y no sin razón, en un impulso de "espíritu protestante" en él, favorecido por la influencia de Erasmo de Rotterdam (a quien le dirigiera una carta que se ha conservado y que revela una auténtica veneración) y la amistad con Étienne Dolet y con otros humanistas inclinados a la "Reforma". Como veremos, nuestro François, con sus violentas polémicas contra la Curia Romana, la política temporal de los papas, la avidez y las riquezas de los grandes prelados y el espíritu poco cristiano que formaba las jerarquías eclesiásticas, con frecuencia se halló al borde de la "herejía" protestante. Si bien no aceptaba las teorías de Lutero o de Calvino, en sustancia hizo bastante por sí mismo.

Pero en París, por el momento, parece ser que por sobre todo se dedicó a desfogar los humores de una tardía juventud: se abandonó a una desprejuiciada y alegre vida, y entre otras cosas, tuvo dos hijos con una viuda, de los que nunca se ocupó (no fueron los únicos, porque muchos años más tarde, hacia 1540, cuando se encontraba en Lyon, nació otro que murió siendo muy niño con gran dolor de Rabelais). Sin embargo, muy pronto se aburrió de aquella vida, e inició una especie de peregrinaje a la manera de los clérigos errantes por diversas ciudades universitarias: Orleáns, tal vez Bourges, ciertamente Burdeos y Tolosa.

La vocación por la medicina

Fue en aquellos parajes, en Agen, que conoció al célebre médico humanista Julio César Scaligero, una especie de "aventurero honrado" veronés; y tal vez por su influencia se despertó en Rabelais un interés profundo por la medicina. En efecto, el 17 de setiembre de 1530 se inscribió en la Facultad de Medicina de Montpellier, y tres meses después ya obtenía el diploma de Bachiller, que era el primer grado universitario; pero no llegó a la Licenciatura, tal vez por falta de medios. Entonces la medicina sólo se estudiaba en los libros, sin que el estudiante viera o tocara nunca a un enfermo; los textos de la antigüedad clásica eran los más autorizados, pero en general se los leía en malas traducciones y se los interpretaba mal. Ello explica que Rabelais, que los conocía muy bien en sus versiones originales, pronto adquiriera gran prestigio: comentó públicamente los *Aforismos* de Hipócrates, y también el *Pequeño arte médico* de Galeno en base a un manuscrito griego que él poseía.

A principios de 1532 se halla en Lyon, donde en noviembre será nombrado médico del Hospital público de la ciudad y donde publicará algunos textos médicos antiguos y modernos que por entonces estaban en boga. Pero Lyon, por sobre todo, despertaría en Rabelais el estro del escritor. Tanto por las expediciones a Lombardía de Luis XII y Francisco I como por las relaciones comerciales y las industrias, la misma era llamada "la puerta de Italia", y era entonces el primer centro editorial y librero de Francia. No sólo se editaban textos clásicos y obras eruditas, sino también gran cantidad de almanaques, librejos de fábulas y profecías y relatos de tono popularesco, que se inspiraban un poco en todas las leyendas más o menos antiguas de la Francia letrada e iletrada.

Atraído por el éxito comercial de tales publicaciones, y evidentemente divertido por la pintoresca ingenuidad y por la comicidad a menudo involuntaria de estos escritos, Rabelais, con la sorprendente rapidez de decisiones que distingue a la primera parte de su vida, escribió y publicó un *Almanaque para el año 1533* (es decir, a venderse para el próximo año; publicación perdida). No sólo ello, sino que habiendo puesto sus ojos en uno de aquellos libros populares, *Las Grandes Crónicas del famoso y enorme Gargantúa*, pensó escribir la continuación del mismo, y compuso rápidamente y publicó, *Les horribles et espouventables Faicts et Prouesses du tresrenommé Pantagruel, fils du grand géant Gargantúa* [Los horribles y espantosos hechos y proezas del famosísimo Pantagruel, hijo del gran gigante Gargantúa]: un volumen que fue puesto en venta en ocasión de la gran feria anual de Lyon del 3 de noviembre de 1532.

La polémica anticlerical

Gargantúa, personaje legendario de origen céltico-bretón, que aparecía frecuentemente en las narraciones populares del siglo XV, muy pronto se había convertido en

un gigante, y Rabelais hizo un gigante también de su hijo y heredero Pantagruel, para explotar los fáciles efectos de maravilla y de jocosa sorpresa. En cuanto al nombre, en los *Misterios* o representaciones sacras, de los cuales en el siglo precedente se habían hecho grandiosos espectáculos esencialmente populares, Pantagruel figuraba como un diablillo de origen marino, que utilizaba la malicia de arrojar sal en la boca de los borrachos dormidos para aumentar la sed de los mismos. Rabelais imaginó una fantasiosa etimología griega, por la cual el término debía significar "sed universal"; y utilizando la famosa sequía que azotó al sur de Francia en aquel mismo verano de 1532, hizo de Pantagruel una especie de "demonio de la sed", que luego, sin embargo, con su bondad y generosidad, lograba saciar en todos. El *Libro de Pantagruel* es también el libro de Panurgo, el aventurero espirituoso y experto del mundo que simbolizaba el período de desordenada vida parisina del autor. En toda la obra el espíritu humanista se mezcla con los motivos popularescos-legendarios, en una atmósfera fabulosa y realista al mismo tiempo, satírica y violentamente burlesca, con una mezcla de lo serio y de lo alocadamente jocoso, logrando un estilo de notable eficacia. El libro tuvo un éxito enorme, y diversas ediciones aparecieron en pocos meses. Aquel mismo año, poco después de la publicación de *Pantagruel*, Rabelais se complació en escribir una *Profecía Pantagrueliana* para el año 1533, en la que se solazaba en acumular sorprendentes previsiones, ostentando una diletantesca y burlona astrología.

Luego, 1534 fue el año de *Gargantúa*. Visto el éxito de Pantagruel, luego de la fantasiosa biografía del hijo, Rabelais quiso componer pronto la vida del padre: una obra del mismo tipo, más larga y más meditada pero de todos modos realizada con gran rapidez. Apareció en el otoño de 1534, y probablemente fue puesta en venta en ocasión de la habitual feria del 3 de noviembre. De esta primerísima edición de Gargantúa sólo queda un ejemplar único, en la Biblioteca Nacional de París, del que faltan, con la portada, las primeras ocho páginas. El título completo de la segunda edición, impresa en 1535, es este: *La vie inestimable du Gran Gargantúa, père de Pantagruel* [La vida inestimable del grande Gargantúa, padre de Pantagruel]. Y en cuanto al nombre del autor, como los *Hechos de Pantagruel* figuraban "recientemente compuestos por el Maestro Alcofrybas Nasier" (anagrama de François Rabelais), ahora la vida de Gargantúa se presentaba como "antiguamente redactada" por un misterioso "Extractor de Quintas Esencias" (es decir, un alquimista).

Aparte del hecho de que Rabelais tomó sin más de las ya recordadas *Grandes Crónicas* el nombre de su héroe, la nueva obra no le requirió en verdad gran esfuerzo de inventiva aun en lo que respecta al desarrollo, ya que esta "vida" de Gargantúa se limitaba a algunos episodios salientes de la primera parte. Pero había un cambio. El libro resultó más estudiado, y también más realista, porque el autor descubrió que había gustado también a las personas más cultas y refinadas de la época. No faltan en él el ya conocido estilo familiarmente desenvuelto, a menudo voluntariamente plebeyo y plagado de chistes groseros, numerosos ejemplos de lenguaje clásico a la manera humanista, y recuerdos clásicos que se mezclan con aquellos de las novelas de caballería en la realización de las batallas. *Gargantúa* es también un libro más optimista que *Pantagruel*, ya que al héroe de ambiguo carácter, Panurgo, que había en cierto modo dominado en la primera obra, corresponde ahora un personaje simpático, el valeroso y leal hermano Juan. Y resulta curioso notar que en el mismo momento en que lanzaba su sátira contra los monjes y su simpatía por los predicadores evangelistas, Rabelais hizo de un monje a su personaje más rico en "virtudes", si bien no exento de aquellas intemperancias naturales que son propias de la humanidad pantagruélica, y que por otra parte reflejaban los desórdenes tradicionalmente reprochados a las personas de su estado. Un monje, de todos modos, de sólida fe, aunque la misma se manifiesta a veces en modo un poco extraño (el hermano Juan maldice de buena gana, y a quien se lo reprocha contesta que se trata simplemente de "figuras retóricas para reforzar el discurso" si no de simples invocaciones a la divinidad). Y la negación, o mejor, el rechazo de toda disputa teológica y aun de toda teología, que están implícitos en la figura de este hermano, adquirirían cierto significado también en el hecho de que Rabelais publicaba su libro justamente en el momento en que las disputas y las luchas religiosas entre los católicos y los adherentes del nuevo verbo protestante se encendían en Francia con particular ardor.

En efecto, mientras estaba por aparecer el *Gargantúa*, en octubre de 1534, estalló el célebre *asunto de los placards*; es decir, cuando ciertos manifiestos contra la Misa, el Papa, los Cardenales y todo el ordenamiento de la Iglesia católica (probablemente obra de agentes provocadores) fueron fijados en París y en Amboise, donde residía el rey. Ante el escándalo, la Sorbona fue autorizada por el moderado Francisco I a proceder contra la herejía. Rabelais se halló en peligro y en febrero de 1535 abandonó repentinamente el Hospital, sin siquiera renunciar en la forma regular, y se alejó de Lyon. Poco después partió hacia Italia con la comitiva de su nuevo protector, Juan Du Bellay, obispo-cardenal de París, con quien ya había estado en Roma en enero de aquel mismo año.

El viaje a Italia, patria de la bella literatura y de los nuevos ideales culturales, era naturalmente deseado por todos los humanistas y doctos de la época. En su primer viaje Rabelais había permanecido dos meses en Roma, durante los cuales se había ocupado en investigaciones de botánica y en conversaciones doctas. Esta vez se detuvo en Ferrara, ciudad convertida en asilo de los sospechosos por motivos religiosos, y allí conoció al poeta Marot. Luego en Roma, donde estuvo durante siete meses, se interesó nuevamente en los estudios humanistas y arqueológicos, y realizó además misiones diplomáticas de las que tenemos testimonios en tres cartas suyas a Geoffroy d'Estissac. También en este período dirigió al papa Pablo III una súplica por la "apostasía" que él había cometido cuando dejó el hábito benedictino. Obtuvo la absolución en virtud de su "esmero por la religión" y de la "grande doctrina suya en las cartas", y así pudo reingresar en la orden de los benedictinos.

Medicina y cirugía en los comienzos de la época moderna

En aquella ocasión se le concedió, por decreto del 17 de enero de 1536, "ejercitar el arte médico, con licencia de los superiores, sin hacer uso del fuego y del hierro, con fines de piedad y sin esperanza de lucro o ganancia, en la Curia Romana o en cualquier otra parte, libre y lícitamente". En cuanto al "uso del hierro y del fuego" de recordarse que por antigua tradición los médicos no debían *degradarse* en actos de cirugía, reservados —si bien bajo la dirección de éstos— a "cirujanos", que en su mayoría eran barberos. Entonces, a partir de ese momento Rabelais se dedicó al arte médico con renovado empeño, aun cuando se cuidará muy bien de respetar aquellas limitaciones que le habían sido impuestas y que probablemente ya eran consideradas como simples fórmulas de costumbre. Así, vuelto a Francia, se estableció en Lyon, de donde pasó a Montpellier para obtener finalmente aquellos grados que no había podido alcanzar seis años antes: con la fama que ya había logrado, el 22 de mayo de 1537 obtuvo brillantemente la Licencia y fue luego consagrado como Doctor. Pronto retomó el ejercicio de su arte, dedicándose también, parece, a la enseñanza pública. En efecto, poseemos un interesante canto latino del humanista Étienne Dolet, que nos muestra al amigo en el acto de seccionar un cadáver (cosa no muy común en aquel tiempo, y que por otra parte, no estaba bien vista por la Iglesia) en un anfiteatro escolástico de Lyon. Se trata de una *prosopopeya;* se supone que el cadáver mismo (el de un ahorcado por delitos comunes) toma la palabra para cele-



1



2

Aleander personat Scaliger. 569.
S. P. à Christo Jesu servatore.. de Scaligero [illegible]

Georgius ab Arminiaco Rutenensis episcopus Clariss. nuper ad me misit Φλαυΐου
ἰωσήπου ἱστορίαν ἰουδαϊκὴν περὶ ἁλώσεως rogavitque pro veteri
nostra amicitia. ut si quando hominem ἀξιόπιστον nactus essem, qui isthac
proficisceretur, eam tibi ut prima quaque occasione reddendam curarem. Lubens itaque
ansam hanc arripui et occasionem tibi pater mi humaniss. grato aliquo officio indi-
candi, quo te animo, quaque pietate colerem. Patrem te dixi. matrem etiam dicerem.
si per indulgentiam mihi id tuam liceret. Quod .n. utero gerentibus usu venire
quotidie experimur. ut quos nunquam viderunt, foetus alant. ab aërisque ambientis
incommodis tueantur αὐτὸ τοῦτο σύ γ' ἔπαθες. qui me tibi de facie
ignotum. nomine etiam ignobilem sic educasti. sic castissimis divinae tuae doctrinae
uberibus usque aluisti. ut quidquid sum et valeo. tibi id uni acceptum ni feram,
hominum omnium qui sunt, aut aliis erunt in annis ingratissimus sim. Salve itaque
etiam atque etiam pater amantiss. pater decusque patriae. literarum assertor ἀλεξί-
κακος. veritatis propugnator invictiss. Nuper rescivi ex Hilario Bertul-
pho. quo hic utor familiarissime. te nescio quid moliri adversum calumnias Hier.
Aleandri. quem suspicaris sub persona factitii cuiusdam Scaligeri adversum te scripsisse.
Non patiar te diutius animi pendere. atque hac tua suspitione falli. Nam
Scaliger ipse Veronensis est, ex illa Scaligerorum exulum familia, exul et ipse.
Nunc vero medicum agit apud Agennates, vir mihi bene notus. οὐ μὰ τὸν
Δί' εὐδοκιμώδης. ἔστι τοίνυν διάβολος ἐκεῖνος, ὡς συνελόντι
φράσαι τὰ μὲν ἰατρικὰ οὐκ ἀδαήμων, τἄλλα δὲ πάντη
πάντως ἄθεος, ὡς οὐκ ἄλλος πώποτ' οὐδείς. Ejus librum nondum
videre contigit nec huc tot jam mensibus delatum est exemplar ullum, atque adeo
suppressum puto ab iis qui Lutetiae bene tibi volunt. Vale. καὶ εὐτυχῶν
διατέλει. Lugduni pridie Cal. Decembr. 1532.

Tuus quatenus suus
Franciscus Rabelaesus medicus.

3

..bera avita, et quae sibi justa hereditate obvenerunt, [illegible] si no
ex asse dilacerent. Quod si colligat sese ille, ~~[illegible]~~ placatum
que se praebeat, si cedere videam errorum, luminisque officia flagitare,
ego tum plaudere, ego urgere, ego Budaei inculcare meritum
ac luminis vindicem. Versiculos etiam aliquot graecanica
auriculis instillare, quae hic assuete, sed digna non sunt, quae
Budaei oculos subeant. adscribam tamen, ne falsa esse suspicaris,
quod genus impostor ille suis pedibus meditatur.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Sed haec satis. Vale, et me ama. Fontiniaci quarto nonas Martii

Tuus si suus Franciscus Rabelaesus

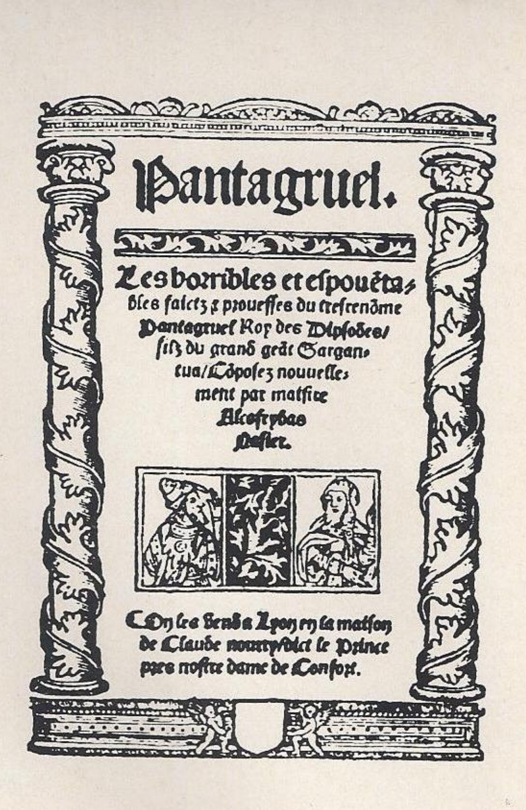
4

1. *Rabelais, retrato anónimo (Chantilly, Museo Condé)*

2. *Guillaume Budé en un retrato de J. Clouet.*

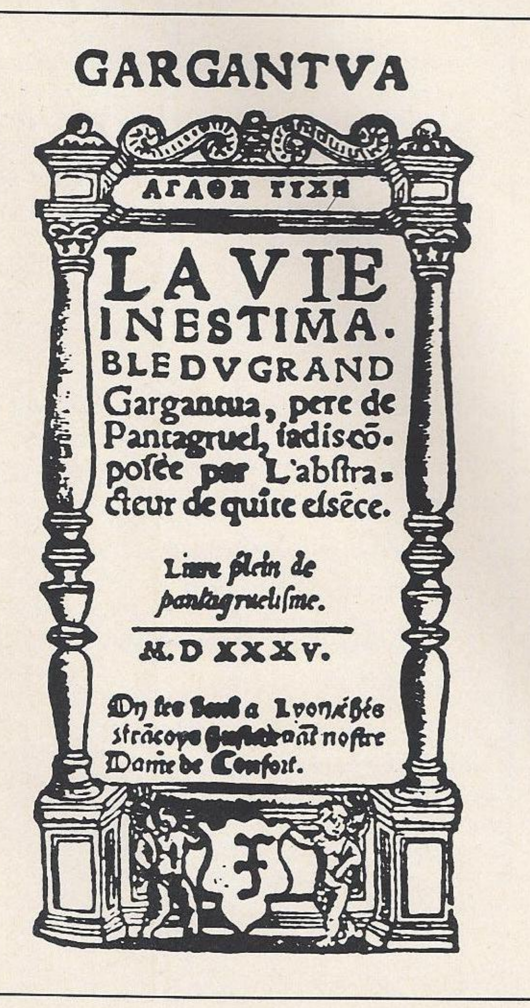
3. *Carta de Rabelais a Erasmo del 30 de noviembre de 1532.*

4. *Últimas líneas de la segunda carta de Rabelais a Guillaume Budé (4 de marzo de 1521)*


Pantagruel.
Les horribles et espouētables faictz & prouesses du tresrenōme Pantagruel Roy des Dipsodes, filz du grand geāt Gargantua, Cōposez nouuellement par maistre Alcofrybas Nasier.
On les vend a Lyon en la maison de Claude nourry, dict le Prince pres nostre dame de Confort.

1

GARGANTVA


ΑΓΑΘΗ ΤΥΧΗ
LA VIE INESTIMABLE DV GRAND Gargantua, pere de Pantagruel, iadis cōposée par L'abstracteur de quite essēce.
Liure plein de pantagruelisme.
M.D XXXV.
On les vend a Lyon chés Frācoys Juste, deuant nostre Dame de Confort.

2

brar su buena fortuna *post mortem*: "En vano la fortuna adversa ha deseado cubrirme de ultrajes y de oprobios: estaba escrito que mi destino debía seguir otro curso. Si bien he perecido en modo infamante, he aquí que ahora obtengo, sin más, un honor más grande que el que nadie hubiera osado esperar del grande Júpiter. Expuesto en un teatro público, aquí estoy seccionado: un sapientísimo médico explica a todos, con respecto a mi, en qué modo la Naturaleza fabricó el cuerpo del hombre con belleza, con arte, con perfecta armonía. Un numeroso círculo de personas me circunda, mirando atentamente todas mis partes, y admira, escuchándolo a él, las maravillas del organismo humano".

En cuanto a la pericia médica de Rabelais, tenemos otro testimonio del poeta Salomón Macrin, al que se llamaba el "Horacio francés", quien así escribiera: "Entre los habitantes de Chinon a ti solo, oh Rabelais, Dios y un nacimiento propicio te acordaron una ciencia profunda y las agudas palabras plenas de espíritu; a ti solo te acordaron los dones de la ciencia y el conocimiento de las lenguas, griega y latina, para no hablar de la medicina y de las matemáticas, en las que tú eres muy versado, como en la astronomía y en la cosmografía. Tu conoces las plantas medicinales y los remedios a utilizar para curar con tu arte las enfermedades de todo tipo; y así te has conquistado fama inmortal. París, Narbona, las ribas del Aude fueron testigos de tus maravillosas curas, así como la opulenta ciudad de Lyon, donde ahora se encuentran tus penates [dioses domésticos] y tu pacífica residencia".

Resulta difícil para nosotros, en realidad, establecer cuál era el valor de Rabelais como médico, ya que las opiniones de los mismos especialistas de hoy no concuerdan del todo. Según la opinión del profesor Pasteur (de la Academia francesa y de la Academia de medicina), él efectuó verdaderos descubrimientos en anatomía: "Tuvo la intuición de la circulación de la sangre que sería probada sólo tres cuartos de siglo más tarde. Inventó instrumentos de cirugía, como una jeringa especial para liberar al intestino de la hernia estrangulada, y un dispositivo para la reducción de las fracturas del fémur, que será copiado tal cual, pocos años más tarde, por Ambroise Paré . . .". Pero otros observan, no sin apariencia de razón, que Rabelais no era el único, en aquel período, en aplicar a la medicina el espíritu de los tiempos nuevos y en reclamar que la misma se basara ya en la observación de los hechos y en la experiencia. Además resulta difícil, para aquellos años, atribuir sin más la prioridad de ciertos "descubrimientos" a un hombre célebre por su cultura y hábil en hacerse valer como lo fuera Rabelais, quien habría podido servirse

de procedimientos ya en uso y simplemente perfeccionarlos y tornarlos famosos. Dada la carencia de documentos decisivos, nos vemos reducidos, en definitiva, al testimonio de su obra de "novelista", donde se refleja su buen sentido al tratar a los enfermos, la gran importancia que él le atribuía a la parte moral con relación a la física; y por sobre todo se reflejan sus geniales opiniones sobre la fisiología: como en los capítulos iniciales de su *Libro Tercero* donde, a propósito de las deudas de Panurgo, se demuestra que todos los organismos vivientes, toda la naturaleza entera, sólo viven de *deudas* y de *empréstitos*, en un perpetuo movimiento de transformación y de renovación de todos los tejidos. Pero se trata, esencialmente, de opiniones de carácter general, por no decir poéticas; de aquellos principios que el espíritu crítico del humanismo y el naturalismo del Renacimiento ya habían sugerido a más de uno (basta con pensar en Leonardo). Nos faltan las pruebas para afirmar su sistemática excelencia, por no decir su primacía, en el campo del arte médico. Descontando que, probablemente, una vez satisfechas sus más agudas curiosidades, la profesión de médico ya no tuvo para él aquel acuciante interés que había tenido al comienzo, y más bien terminó por cansarlo.
En el mismo año en que obtuvo su Licenciatura, es decir en 1537, la alegría de esta meta alcanzada se vio ensombrecida por un amargo episodio, por una alarma que se difundiera de improviso en Lyon. Rabelais fue amenazado con el arresto por orden del cardenal de Tournon, lugarteniente general de la ciudad, bajo la acusación de haber enviado a Italia una carta con informaciones que habrían podido ser de utilidad a los enemigos de Francia. El asunto era ciertamente falso, pero encerraba cierta animosidad contra él que Rabelais sólo logró frenar dirigiéndose a Francisco I y a la hermana de éste, Margarita de Navarra. En aquel mismo otoño él dictaba en Montpellier un curso público sobre el texto griego del *Pronóstico* de Hipócrates.

En la cúspide del éxito

Ya se había convertido en un personaje importante; grave y severo en su apariencia aunque de figura no imponente (era, según parece, más bien pequeño y delgado), culto y brillante en la conversación. A pesar de todo, era bien considerado por Francisco I, quien siempre le concedió los "privilegios" necesarios para la publicación de sus libros, y hasta es probable que lo nombrara, en 1543 y tal vez antes, entre sus Referendarios, cargo que de todos modos debió ser honorífico, para justificar un estipendio o "prebenda" muy útil al siempre necesitado Rabelais. Hacia mediados de julio de 1538 él asistió con toda la Corte al famoso encuentro de Francisco I y Carlos V en Aigues-Mortes, y volvió a Lyon con la corte del rey, en la que permaneció hasta 1539.
Este fue el año en que volvió por tercera vez a Italia, con el hermano del cardenal Du Bellay, el capitán Guillaume De Langey, nuevo gobernador de Piamonte. Rabelais estuvo junto al capitán durante tres años en Turín, período en el que efectuó algunos viajes a Francia. Pero a fines de 1524 Guillaume De Langey enfermó gravemente y deseó volver a su patria. Murió durante el viaje, en brazos de Rabelais, quien se sintió muy dolorido por su fin, tanto que al mismo le dio acentos mitológicos, con elocuencia típicamente humanista pero con auténtica emoción en el capítulo XXVII de su *Cuarto Libro*. Él también había colaborado con el capitán en la composición de una obra sobre el arte militar, titulada *Estratagemas*, cuyo manuscrito se perdió. Guillaume, en su testamento, dejó a Rabelais una renta bastante importante, de 150 libras. Pero esta renta fue absorbida por las numerosas deudas del capitán, entonces costumbre común entre las familias aristocráticas, y el pobre Rabelais vio esfumársele una vez más la posibilidad de ese mínimo de comodidad al que desde tanto tiempo aspiraba. No sólo esto, sino que poco tiempo después, posiblemente en marzo de 1543 murió también su otro protector y amigo, el buen obispo Geoffroy d'Estissac.
De todos modos, no fue aquel el último viaje de Rabelais a Italia, porque volvió en julio de 1547, ya muerto Francisco I, en la comitiva de Jean Du Bellay, que iba a Roma en misión política. En esta oportunidad Rabelais permaneció en Italia alrededor de dos años. El único testimonio directo que poseemos de este largo período consiste en la descripción poética de una gran fiesta que el cardenal Du Bellay diera en Roma en marzo de 1549 para celebrar el nacimiento de un hijo del nuevo rey Enrique II. Rabelais la tituló *El combate naval y festejos*, ya que la parte más importante de tal fiesta consistía en una batalla ficticia con naves en miniatura en un pequeño lago artificial, espectáculo muy apreciado en aquellos tiempos.

Cultura y meditación

Pero lo que cuenta en estos últimos años, que van hasta su permanencia en Turín, es el cambio que se va delineando en el ánimo de Rabelais. Lentamente comienza a alejarse de la vida mundana, se aparta de la Corte y se cierra en forma creciente en una existencia austera de trabajo y de meditación, que lo lleva a un perfeccionamiento de su obra de escritor. Hacía algún tiempo que se dedicaba a cuidar la reimpresión de sus libros, pero la edición que signa el cambio es la de *Gargantúa y Pantagruel* juntas, que hizo en 1542 En aquel momento la preocupación cons-

1, 2. Portadas de la primera edición del Pantagruel *(1532) y del* Gargantúa *(1535).*

3. Una tipografía, en un grabado de J. Clouet.


3

tante de Rabelais es el temor de nuevas condenas a su obra por parte de la Sorbona, así, él se da a la corrección, el pulido y la revisión de ciertos pasajes que pueden parecer provocativos. Por ejemplo, mientras al atacar a la teología y la cultura medievales —que se resumían en la ya envejecida fiosofía escolástica— él había hablado continuamente de *sorbonagres* (es decir, según la etimología griega, "sorbonasinos"), ahora sustituyó sistemáticamente aquel término por el vocablo genérico de "sofistas". Si bien es cierto que Rabelais conocía la benevolencia de Francisco I con respecto a él, también sabía que desde hacía algún tiempo el rey se había impuesto una política muy rigurosa en cuanto a todas las manifestaciones que pudieran ser acusadas de herejías o protestantismo. Y, ciertamente, Rabelais no era famoso por su espíritu conformista y pacífico en materia religiosa, aunque por otra parte, era por convicción un súbdito fiel y leal (basta con pensar en sus viajes a Italia, en los que realizaba delicadas misiones, por lo que debía gozar de la confianza del rey). Por otra parte, su posición era común a la de muchos humanistas de la época: admiración por el rey que amaba las letras y las artes, y al mismo tiempo la persuasión de que sólo el rey podía mantener la paz entre las diversas sectas religiosas que luchaban en Francia, aún entre sí, para obtener la autonomía en cuanto a Roma (tendencias que confluían en parte en el denominado "galicanismo"). Pero Rabelais, si bien tenía, como se ha visto, un espíritu "protestante", era también y por sobre todo un artista que amaba su obra. y naturalmente su libertad, a la que defendió denodadamente en especial en los años más maduros de su vida, rehuyendo en forma creciente a toda amenaza de violencia y buscando la tranquilidad. Así, dada su posición, debió sufrir las violentas críticas de Calvino desde Ginebra; pero él afirmó jocosamente en un pasaje de su obra maestra estar "pronto a defender sus ideas. hasta la pira exclusive".

A pesar de las precauciones de las que habláramos, sus dos libros fueron nuevamente condenados por la Sorbona el 2 de marzo de 1543, y el autor debió valerse otra vez de la protección de Du Bellay y de su crédito ante el rey para hacer suspender, por lo menos, los efectos de la condena, pidiendo luego y obteniendo de Francisco I en 1545 un "privilegio" para su *Tercer Libro*.

La conducta de Rabelais, como se deduce de la naturaleza de este nuevo Libro, se presenta ahora como una mezcla de prudencia y de audacia. Pero en el conjunto resulta imposible negar, por lo que precede y por las vicisitudes que pronto seguirán, su valeroso empecinamiento en realizar a toda costa y completamente la redacción y la impresión de la obra suya. aun entre los innumerables peligros a los



1



2



3

1. *Plano de Roma del siglo* XVI *(París, Bibl. Nac.).*

2. *"El país de Cucaña", de Brueghel.*

3. *"El país de Cucaña", anónimo del siglo* XV *(París, Bibl. Nac.).*

4. *Francisco I, de Clouet.*

5. *Guillaume Du Bellay (París, Bibl. Nac.).*

6. *El cardenal Jean Du Bellay (París, Bibl. Nac.).*



4



5

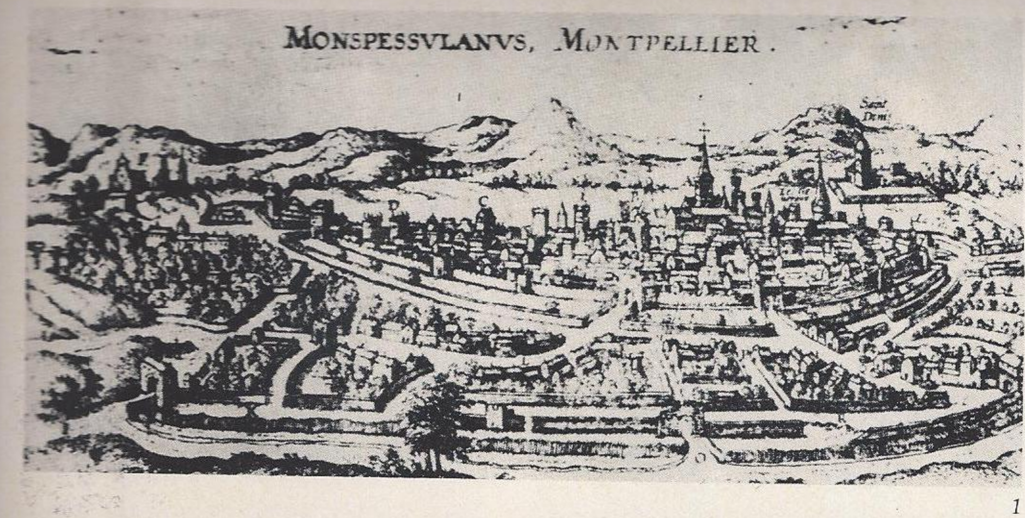


6

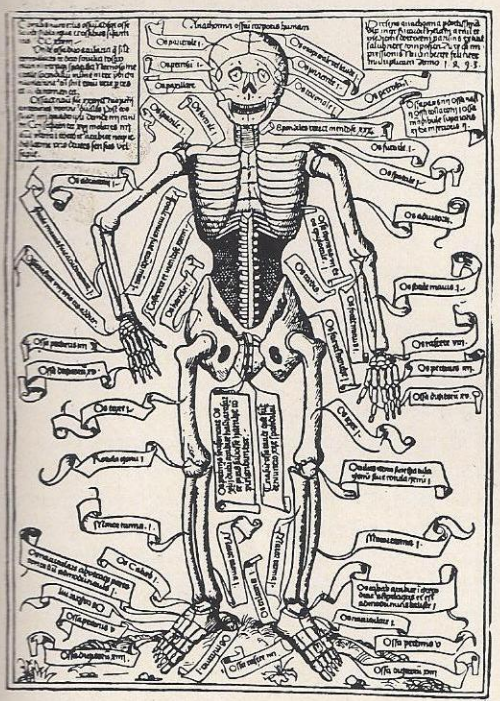
que las sátiras contra Roma podrían exponerlo. Signo evidente del profundo interés por su trabajo, que sin duda creció con los años y tuvo, antes bien, la paradojal consecuencia de infundir en Rabelais escritor, un coraje, directamente una temeridad, que estaba en cierto modo en contradicción con el espíritu y los gustos de Rabelais hombre.

En 1546 publicó finalmente el *Tercer Libro de Gargantúa y Pantagruel*, pero titulado, curiosamente, *Tercer Libro de Pantagruel;* y más precisamente *Tercer libro de los hechos y los dichos heroicos del noble Pantagruel - compuestos por el Maestro François Rabelais, doctor en Medicina y monje prior de las islas Hières*, donde se puede notar que el autor se presentaba al público por primera vez con su verdadero nombre, pero al mismo tiempo se atribuía burlonamente el "priorato" de un grupo de pequeñas islas frente a Tolón, entonces desiertas (hoy, como es sabido, sede de una colonia nudista). Y pronto llegó la condena de la Sorbona. Nada había servido la respetuosa dedicatoria al "espíritu" de la reina de Navarra, y el elocuente "privilegio" del rey, que ocupaba dos páginas. Evidentemente la Sorbona lo vigilaba y aprovechando el momento bastante tormentoso, lo obligó a huir de París. Rabelais se refugió en Metz, en una casa de su amigo el señor de Saint-Ayl, que en la misma solía detenerse en los viajes que efectuaba a Alemania cuando iba a realizar ciertas tratativas políticas secretas con los príncipes protestantes por cuenta de Du Bellay. En lugar de retomar inmediatamente su actividad de médico, solicitó ayuda pecuniaria al cardenal, en una carta de tono más bien piadoso que se ha conservado, y que tiene fecha del 6 de febrero (muy probablemente de 1547). Pero la ayuda solicitada no llegó, o llegó en medida insuficiente, Y Rabelais debió hacerse nombrar médico de la ciudad, con un estipendio de 120 libras anuales. Pero por poco tiempo permanecería en Metz; en efecto, fue de aquel mismo año su último viaje a Italia, siempre en la comitiva del cardenal Du Bellay, que ya mencionáramos.

Una vez vuelto a Francia, se retiró a París, viviendo de los beneficios de las dos parroquias de las que había sido nombrado titular: la de Saint Martin de Meudon (en los suburbios de dicha ciudad) y la de Saint-Christophe-du-Jambet, en la diócesis de Mans. Rabelais residió en la de Meudon, y ello le procuró el apelativo de el *cura de Meudon* que muy pronto tomó un significado abiertamente irónico, ya que en la confusión que se hacía entre el carácter del autor y el de su obra, la idea del padre de Gargantúa y Pantagruel en las vestiduras y la morada de párroco pareció, por lo menos, cosa singular. Rabelais, según el testimonio de uno de sus sucesores, mantuvo en la misma una conducta intachable, dis-



1



2



3



4

1. *Montpellier.*

2. *Grabado de anatomía del siglo* XVI *(París, Bibl. Nac.).*

3. *Botica de farmacéutico, del* Buch der Vergift der Pestilenz, *de Hieronymus Brunschwig (1500).*

4. *Rabelais doctor en medicina de la portada de una edición de las obras (París, Bibl. Nac.).*

5. *Margarita de Navarra.*

6. *Enrique II (Nicolás Beautriret, 1558).*

tinguiéndose especialmente por su actividad caritativa con respecto a sus feligreses. En este período de recogimiento él componía y preparaba la edición de su cuarto libro: *El Cuarto Libro de los hechos y dichos del buen Pantagruel - compuesto por el Maestro François Rabelais, doctor en Medicina*, que apareció en 1552. En el mismo, Rabelais demuestra haber aprovechado su última permanencia en Roma: ya no tan dedicado, evidentemente, al estudio de la antigüedad como a escrutar con ojo atento y poco benévolo las costumbres de la Curia, de sus dignatarios y de todo el clero. Por otra parte, en esta sátira se mantenía en la línea de una antigua tradición clerical, aun cuando la llevaba al punto extremo. Pero Rabelais atacaba por sobre todo, con clara intención, la rígida organización autocrática de la Curia Romana y de la Iglesia Católica, tal como se estaba desarrollando como reacción a la Reforma, y que aparte de oscurecer casi por completo el primitivo espíritu evangélico, amenazaba las antiguas pretensiones a la autonomía "galicana" del clero de Francia y del mismo rey. En efecto, vemos en algunos capítulos de este último libro, si no un acto político, por lo menos una audacia calculada que coincidía, no casualmente, con la política del hijo de Francisco I, Enrique II, quien en 1551 estaba en lucha abierta con el Papa y había terminado por publicar un edicto mediante el cual prohibía la salida de su reino del dinero que habitualmente tomaba el camino de Roma.

Sátira religiosa y espíritu libertino

Si bien la sátira del absolutismo papal (simbolizado por las famosas "decretales", aquella especie de "edictos" a los que los papas intentaban conferir autoridad absoluta aún en materia religiosa) tiene gran peso en esta cuarta parte de la obra de Rabelais, la misma no representa la inspiración inicial, que fue, en cambio, de sabor altamente fantástico en comparación con las otras. Pero el *Cuarto Libro* tuvo, sin embargo, la misma suerte que los primeros tres: fue censurado por la Sorbona y procesado por orden del Parlamento [de Justicia] de París. Probablemente Rabelais debió esconderse de alguna manera, y en Lyon se difundió el rumor de que lo habían arrestado. Pero parece ser que esta tempestad pasó como las otras. Tal vez se la puede relacionar con la renuncia que en febrero de 1553 hiciera Rabelais, contra indemnización, a las dos parroquias de las que era titular, acto al que no se le pueden atribuir otros motivos. El padre de Gargantúa y Pantagruel se halla en los últimos meses de vida ya, y es oscuro su fin. Muchos sostienen que se retiró al colegio parisino de Saint-Maur-des-Fossés. Lo cierto es que murió poco después, en París, en abril de 1553.

Nueve años después de su muerte, con fecha de 1562, pero sin nombre de editor

ni lugar, apareció un grupo de *Dieciséis capítulos nuevos de Gargantúa y Pantagruel* (en los cuales era fácil reconocer el comienzo del *Quinto Libro*) con el título de *La Isla Sonante*; y a distancia de dos años todavía, en 1564 (si bien con fecha de 1563), aparecía en efecto el *Quinto y último Libro de Pantagruel* que concluía la obra. Las extrañas vicisitudes de esta publicación póstuma, de la que nunca se hallara el manuscrito original, algunas pequeñas incongruencias y descuidos de estilo de todo el libro, la casi segura interpolación de un capítulo (el XVI bis), y sobre todo la edición y la venta en forma aislada de los dieciséis primeros capítulos, indujeron a numerosos estudios a dudar de su autenticidad; pero muchas razones nos impiden creer que se trata de una obra "falsa". Ciertamente, es lícito pensar que un admirador de Rabelais, que poseía los manuscritos y debía ser un ardiente protestante, una vez en posesión del texto aprovechó el particular momento de la más encarnizada lucha entre hugonotes y papistas para hacer aparecer estos capítulos violentos contra la Corte de Roma, que adquirían entonces un significado particular. Por otra parte, *La Isla Sonante* y el subsiguiente arribo de Pantagruel y los suyos al "Oráculo de la Divina Botella", son la conclusión natural y esperada de la obra. En efecto, aquella larga navegación narrada en el Cuarto Libro había quedado trunca, y aparentemente muy lejos del puerto; ahora habían llegado al puerto, en son de sátira. Obra auténtica, entonces, y que ya no le podía quitar a nuestro Rabelais aquella paz que tanto deseara.

La "novela" de Gargantúa y Pantagruel

La "novela" carece de una trama propiamente dicha, y está constituida por una colección de episodios variadísimos. También se reconocen diferencias de tono de libro a libro, y ello se debe no tanto a las fuentes (aparte de la vieja novela popular anónima y varias otras obras, el *Morgante* de Pulci y el *Baldus* de Merlin Cocai, o sea Teófilo Folengo), como a cierto variar de intenciones del autor en el curso de la composición de la obra, que abarcó toda la segunda mitad de su vida. El primer propósito de Rabelais era tal vez solamente el de divertirse y divertir limitándose a poner en ridículo —cosa muy común— a la antigua cultura y educación escolástica, y a exaltar a la nueva instrucción humanista. Pero lentamente se impusieron motivos más serios y profundos en una originalísima mezcla de lo grave y lo burlesco.

El Prólogo del Primer Libro (*Gargantúa*) ya indica el carácter de la novela. En el mismos, dirigiéndose jocosamente a los "ilustrísimos bebedores y preciosísimos gelicosos", Rabelais recuerda el apólogo narrado por Alcibíades en el Convite de Platón, cuando el joven, elogiando a Sócrates, lo compara con una de aquellas estatuas de Sileno, burdas y graciosas por fuera, pero por dentro llenas de preciosas imágenes divinas.

"¿A qué propósito tiende, a nuestro juicio, este preludio? A que vosotros, mis buenos discípulos, y algunos otros locos desocupados, al leer los alegres títulos de algunos libros de nuestra invención, como *Gargantúa, Pantagruel, Fessepinte, La dignidad de las braguetas, Guisantes con tocino cum commento*, etc., no juzguéis fácilmente que en ellos no se trata más que de burlas, locuras y mentiras alegres, en vista de que la señal exterior (es decir, el título), sin averiguar más, induce a irrisión y burlonería. No conviene estimar con tal ligereza las obras humanas, pues vosotros mismos decís que el hábito no hace al monje, y los hay vestidos con hábito monacal que tienen de todo menos de monjes; como los hay envueltos en una capa española, y por su valor lo que menos recuerdan es a España.

He aquí por qué es preciso abrir el libro y valorar cuidadosamente lo que contiene. Entonces comprenderéis que la droga guardada en su interior es muy diferente de lo que prometía la caja, es decir, que las materias tratadas no son locuras, como anunciaba el título.

"Y supuesto el caso de que encontráseis materias gozosas y correspondientes al título en sentido literal, no os detengáis en ello como seducidos por el canto de una sirena, pues suele haber un sentido oculto que apreciar en todo esto que se dice como por casualidad y en cordial alegría. ¿Descorchásteis alguna vez botellas? ¡Perros!... Recordad la continencia que tuvisteis. ¿Os fijasteis en el perro que acaba de encontrar un hueso con tuétano? El perro es, como dice Platón, *libro II, De Rep.*, el animal más filósofo del mundo. Si lo habéis podido notar con qué devoción lo lame, con qué cuidado lo guarda, con qué fervor lo retiene, con qué prudencia lo esconde, con qué cariño lo abraza y con qué diligencia se lo lleva. ¿Quién le induce a hacer esto? ¿Qué esperanza pone en su estudio? ¿Qué bien se promete? Nada más que un poco de médula o tuétano. Bien es verdad que ese poco vale más que otros muchos, porque la médula es alimento elaborado a perfección por la Naturaleza, como dice Galeno, *III, Facu., mat.*, y *XI, De Usa Partium*. Siguiendo el ejemplo, del perro, os conviene ser prudentes para sentir, estimar y saborear estos bellos libros, graciosos superficialmente, ligeros al parecer y gratos cuando se encuentran; después, en virtud de curiosas lecciones y meditaciones frecuentes, romped el hueso y gustad la sustantífica médula...". Entonces, el Primer Libro narra la vida del gigante Gargantúa, su genealogía, el humor y el carácter de su padre Grandgousier y de su madre Gargamelle, quien



5



6











Ilustraciones de Desprez (1565) para Los sueños raros de Pantagruel *(París, Bibl. Nac.).*











lo ha dado a luz a través de una oreja durante una tumultuosa fiesta campestre, entre grandes comidas y libaciones. (Y se notará que el nombre del padre equivale a "gaznate grande" y el de la madre a "beber copiosamente"). Prosigue exponiendo cosas maravillosas de su infancia, de su adolescencia, de sus estudios en París, y aprovecha la ocasión para mofarse atrozmente de la educación "escolástica" y de la Sorbona. Luego el joven Gargantúa recibe una carta en París en la que el padre lo llama para que defienda el reino, asaltado injustamente por el poderoso vecino, el rey Picrochole. La causa de la lucha fue un debate entre los pastores de Grandgousier y los pasteleros de Picrochole.

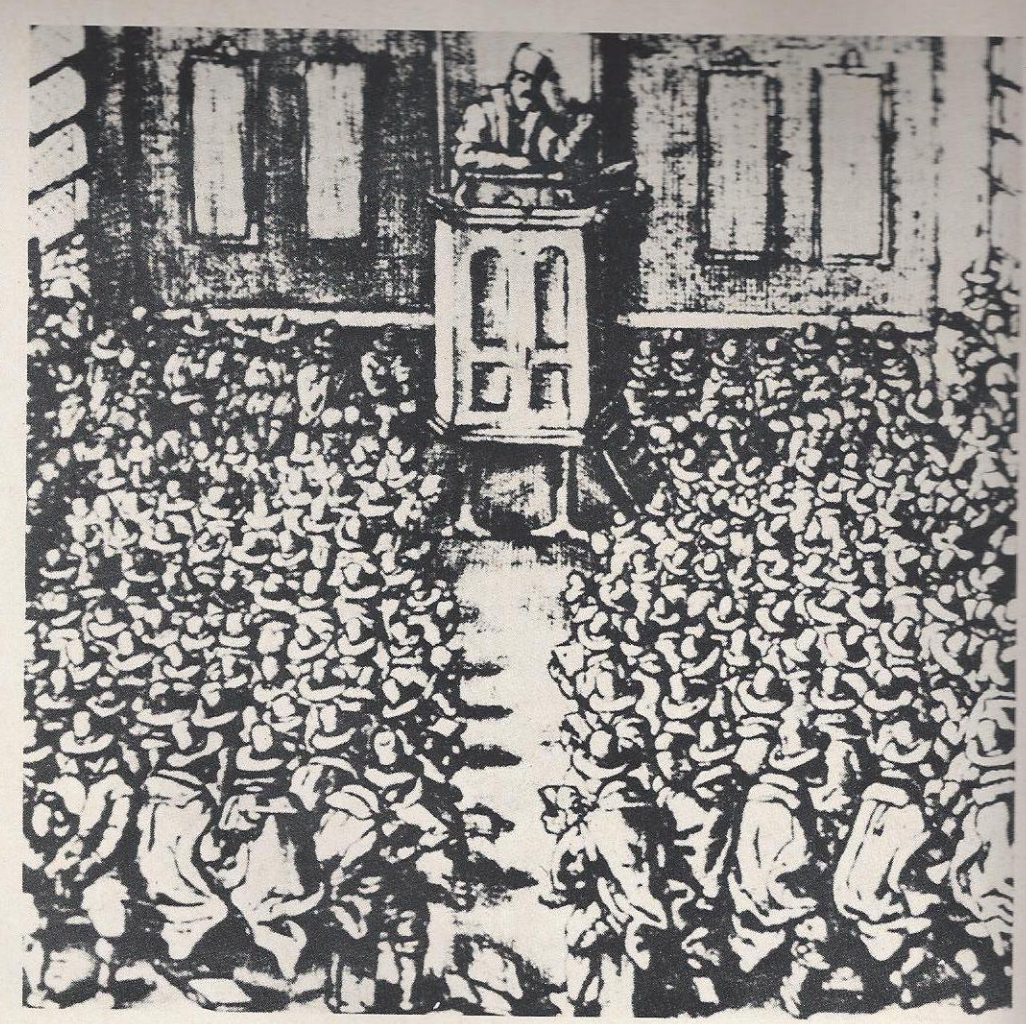
"Iniciábase entonces la estación de las vendimias, en los comienzos del otoño, y los pastores de la comarca estaban dedicados a guardar las viñas para impedir que los estroninos se comiesen las uvas.

"Acertaron a pasar por allí los pasteleros de Lerné, que llevaban a París diez o doce cargas de tortas. Los pastores les requirieron cortésmente para que por su dinero y al precio usual les vendiesen algunas, porque son bocado celestial para el desayuno las uvas con algunos de estos pasteles tiernos...

"Lejos de acceder los pasteleros a la demanda, los ultrajaron grandemente, llamándolos habladores, desdentados, negruchos glotones, presumidos, holgazanes, catasalsas, barrigudos, fanfarrones, cobardes, rústicos, chalanes, galopines tragapanes, pelaires, monos, dormilones, harapos, tramposos, tontos, pobres diablos, borrachones, destrozones, guardadores de mierda, y dirigiéndoles otros muchos epítetos difamatorios, añadiendo que ninguno de ellos era digno de comer aquellos ricos pasteles, pues sólo eran dignos de comer pan de suelo o borona.

"A tal ultraje, uno llamado Forgier, hombre honrado y cuidadoso de su persona y notable bachiller, contestó dulcemente: '¿De cuándo acá os han salido cuernos para que os mostréis tan bravos?' ".

Sigue una riña en la que los pasteleros llevan la peor parte y entonces Picrochole, desvergonzado y jactancioso como íntimamente bellaco, inicia la guerra. Entonces sus consejeros le proponen un plan que lo llevará a la conquista del mundo: hasta los desiertos de Arabia serán atravesados. ¿Pero cómo saciarán su sed en aquellos lugares? Los consejeros ven el asunto como cosa segura: "En el mar de Siria tenéis nueve mil catorce grandes navíos cargados de los mejores vinos del mundo, que llegarán a Taffa; allí hay doscientos veinte mil camellos y mil seiscientos elefantes cazados en Sigicilmes. Desde que entréis en Lybia hasta que lleguéis a la Meca, ¿os proveerán del vino suficiente?". En la guerra se distinguen los instructores de Gargantúa, de griegos nombres simbólicos, especialmente Ponocrates (el



1





2

valeroso) y Gimnasta, pero sobre todo un hermano del convento de Seuilly, asaltado por sorpresa por los enemigos, el hermano Jean des Entonmeurs. El hermano Juan no se limita a dar excepcionales pruebas de valor en la defensa del convento, masacrando a los enemigos con el mango de una cruz. De acuerdo al adagio: *El monje en el claustro no vale por dos, pero fuera de él vale por treinta,* él reanima también con exuberante optimismo a sus nuevos compañeros; y demuestra a continuación, durante toda la guerra, un espíritu alegre, sumamente valeroso, liberal, carente de todo prejuicio y respetuoso solamente de la verdadera virtud. Al vencer Gargantúa, el criminal y desgraciado Picrochole es obligado a trabajar como vendedor de salsa verde, junto a su mujer que venderá arenques; y el padre de Gargantúa, para premiar al hermano Juan, funda expresamente para él una abadía. Esta será la célebre "Abadía de Thelema", cuya regla se resume en un solo lema: "Haz lo que desees", y cuyas costumbres serán exactamente lo contrario de las que se observaban hasta entonces en los monasterios. No podrán ingresar en la misma más que mujeres jóvenes y bellas y caballeros alegres y despreocupados; y con la facultad de dedicarse cada uno a los entretenimientos y a las ocupaciones preferidas; libres de todo bajo pensamiento práctico, todos los que pertenecen a la Orden podrán desarrollar en el modo más noble sus dotes naturales, que de por sí tienden al Bien.

En el Segundo Libro (que en realidad, conviene recordarlo, fue el que se escribió primero) se narra cómo Gargantúa, luego de suceder al padre y de desposar a la princesa Badebac, tiene un hijo, Pantagruel, que hereda su gigantesca estatura, el jovial carácter y el natural buen sentido. Pantagruel es educado por el padre, no ya a la manera antigua, sino "a la manera moderna". Y con este propósito Gargantúa envía al hijo, estudiante en París, una larga carta que es todo un programa de estudios, el más audaz y completo posible, que es siempre citado por los pedagogos como el típico *manifiesto* de la instrucción según los ideales del Renacimiento. A pesar de este extraordinario programa, el óptimo Pantagruel no exagera su dedicación a los libros, "por temor de que se le gaste la vista", y dedica buena parte de su tiempo no sólo a excepcionales ejercicios físicos, sino también a filosóficos paseos y a menos filosóficos esparcimientos. Durante una de estas expediciones encuentra a un ser destinado a tener gran influencia en su vida, "un hombre de buena estatura y gentil talle, pero lamentablemente desgarrado y herido en diversos sitios; parecía escapado de una jauría, o, mejor, un ladronzuelo de peras del país de Perché". Apenas lo ve Pantagruel, anuncia a sus amigos su propia opinión: aquel hombre se halla en ese estado sólo por su mala suerte, pero no por falta de méritos personales. Cuando se acercaron al extraño individuo, éste respondió en no menos de catorce lenguas diferentes, entre ellas el griego y el hebreo, admitiendo por fin que conocía bien el francés. Panurgo (que de él se trata) acepta la amistad de Pantagruel y entra a formar parte de su séquito, junto al hermano Juan, Ponocrates, Gimnasta y todos sus otros preceptores-amigos, y no tarda en mostrar sus cualidades: él es una especie de "clérigo errante", erudito y estafador, pródigo y pobrísimo (conoce sesenta y tres maneras de procurarse dinero, de las cuales la más honesta es por hurto y estafa, pero muchas centenares de maneras para gastarlo), espirituoso, malicioso, astuto, temeroso e impertinente, óptimo camarada y "en conjunto el mejor muchacho del mundo".

En tanto Pantagruel, que crecía continuamente en prudencia y sabiduría, deseó brindar una prueba pública de ello, "en todas las encrucijadas de la ciudad anunció conclusiones de todos los ramos del saber en número de mil setecientas sesenta y cuatro, tocando en ellas las más intrincadas dudas de todas las ciencias. En la calle de Tusse (donde se encontraba, desde los tiempos de Dante, la sede de la Universidad de París) discutió con todos los profesores, maestros de arte y oradores, y los sentó a todos de culo.

"En la Sorbona, con los teólogos, por espacio de seis semanas durante cuatro horas, desde las doce hasta las seis de la tarde, con dos horas de intervalo para descansar y comer pues no quiso privar a dichos teólogos sorbonistas de beber y repanchigarse conforme a su costumbre. A estas sesiones asistían la mayor parte de los señores de la corte, maestros de respuestas, presidentes, consejeros, matemáticos, secretarios, abogados y otros, con más los regidores, médicos y canonistas; hombres en suma, a quienes no era fácil quitarles la carne de los dientes; pero no obstante sus *ergos* y sus falacias, a todos les puso el dedo en los labios y les probó palmariamente que no eran sino vanos enmucetados.

"Desde entonces todo el mundo comenzó a admirar y hablar de su saber maravilloso, hasta las buenas mujeres lavanderas, revendedoras, campesinas, menestralas, y otras, que cuando él pasaba por las calles decían: Ese es".

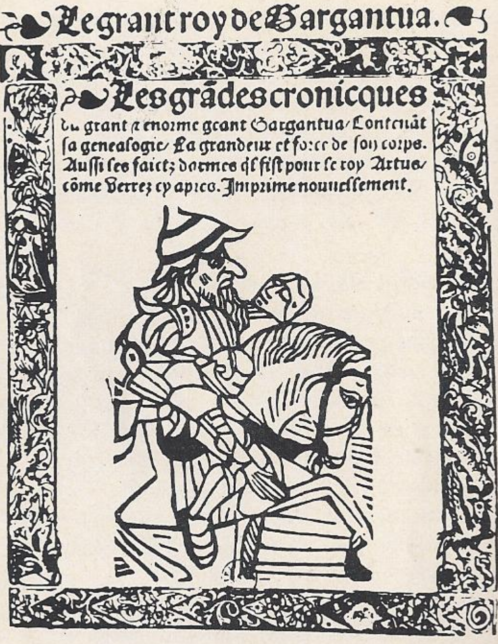
Pero la empresa máxima de Pantagruel en tal campo consiste en dar perfecta solución y conclusión a un famosísimo proceso del Parlamento con un procedimiento que pone en evidencia las lagunas y los absurdos rigorismos formales de una ley ya inadecuada a los tiempos y a las nuevas condiciones históricas.

Luego de lo cual Pantagruel con el hermano Juan, Panurgo y los otros amigos-preceptores heredados del padre, realiza una guerra defensiva contra los prepotentes Dipsodas (los "sedientos"), de los que se convierte en rey; y contra los gigantes

1. *Un aula de universidad francesa de 1500.*

2. *Discusión entre un profesor y un estudiante (París, Bibl. Nac.).*

3. *Portada de una de las primeras ediciones de las* Grandes e inestimables crónicas.


Le grant roy de Gargantua.

Les grãdes cronicques du grant & enorme geant Gargantua/ Contenant sa genealogie/ La grandeur et force de son corps. Aussi les faictz darmes quil fist pour le roy Artus/ cõme verrez cy apres. Imprime nouuellement.

3

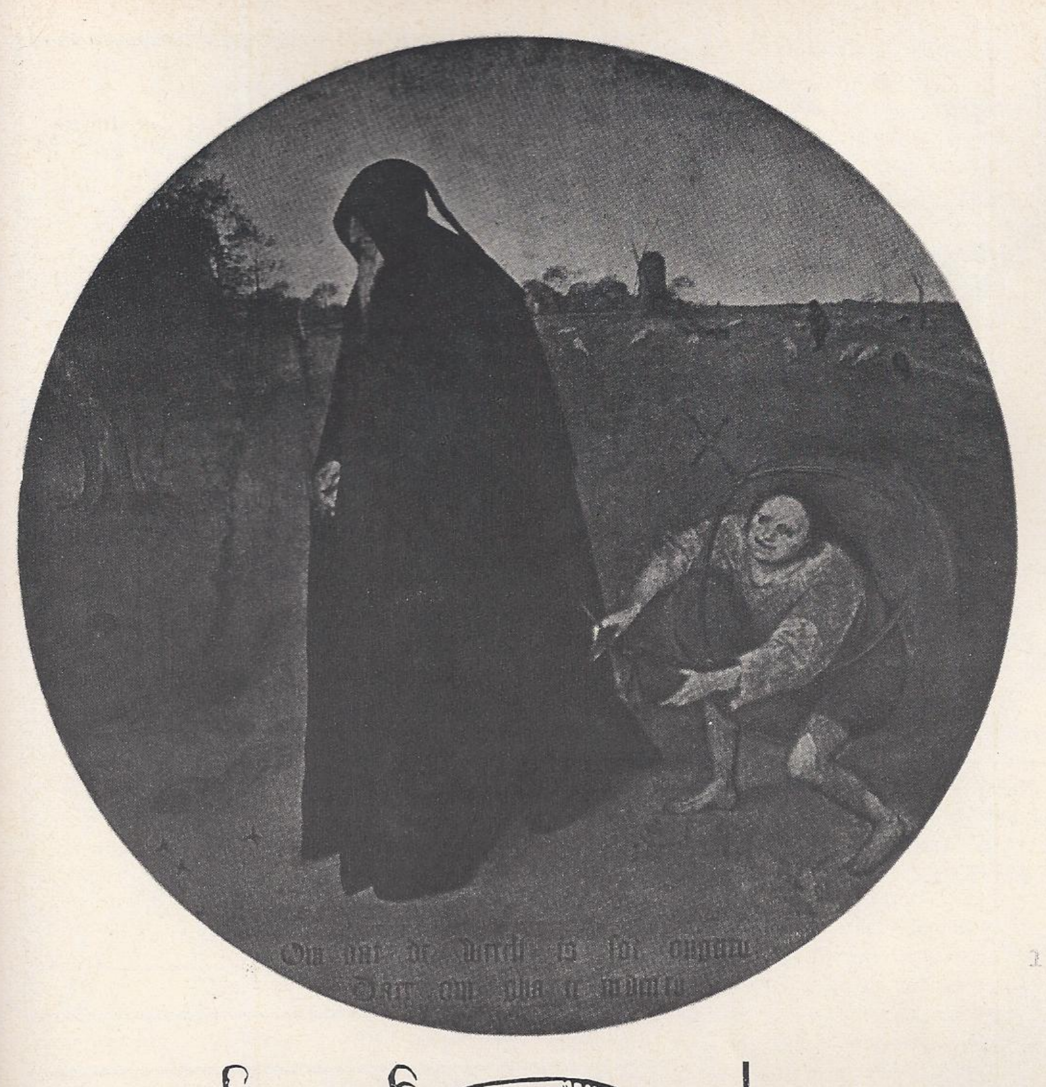
aliados de éstos, a los que también abate mediante una astucia de Panurgo, asegurando así el triunfo del juicio y de la justicia sobre la violencia.
Luego, en el Tercer Libro, Pantagruel, con la misma compañía, prosigue sus viajes con fines de instrucción. Pero esta vez las peregrinaciones de ellos tienen una meta precisa: Panurgo se ve asaltado por el deseo de tomar esposa; él no sabe si hará bien o no, y tiene también la gran duda, en el caso de desposarse, de ser engañado. Para poner en claro la cuestión, luego de haberla discutido a fondo con él y con sus amigos, Pantagruel decide que todos viajen juntos por el mundo en búsqueda de árbitros.
La alegre compañía visita así a la más increíble galería de personajes: la sibila de Panzoust; Nasdecabre, mudo que sólo habla por señas; el viejo poeta francés (no creyente) Raminagrobis; el sabio Epistemón; un teólogo; Rondibilis, médico; Trouillogan, filósofo escéptico, quien se divierte trastornando a Panurgo con sus ambages); Triboulet, bufón... y entre otras personas conoce, con el máximo respeto, al famosísimo juez Bridoye, quien solía decidir las causas con un golpe de dados y debía a ello su gran reputación, porque de ese modo él estaba seguro (según un elemental cálculo de probabilidades) de que por lo menos el cincuenta por ciento de las sentencias eran justas.

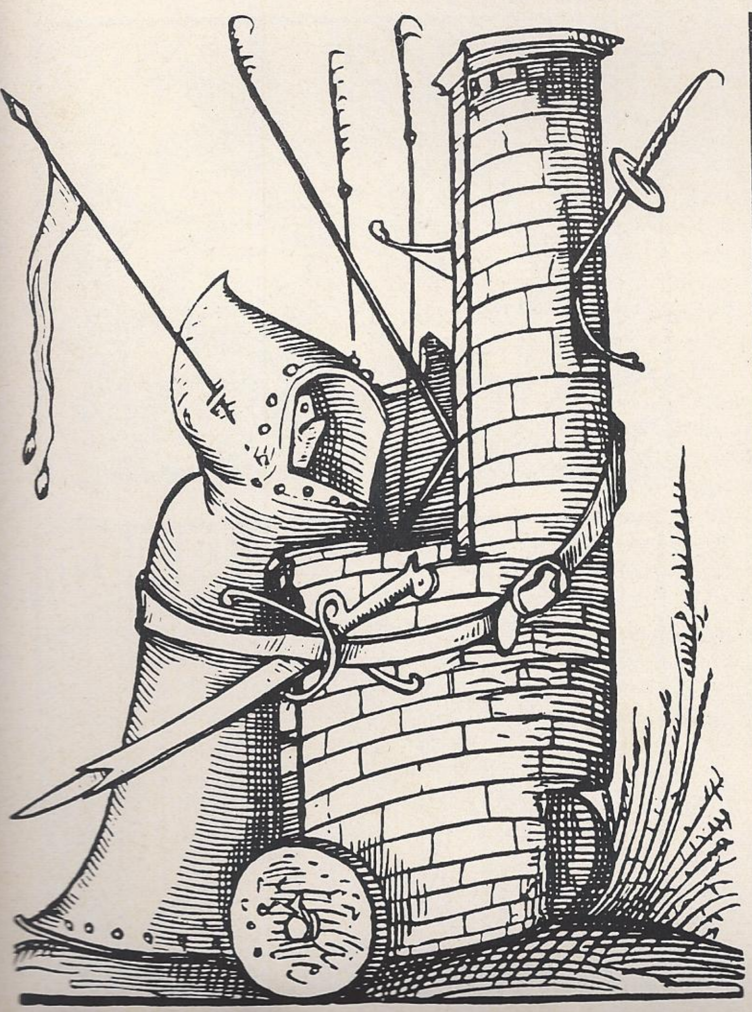
La sátira de la filosofía

Los diálogos y las entrevistas con estos diversos personajes se hallan entre las cosas más sabrosas de Rabelais. Tómese por ejemplo el coloquio con el Filósofo.
"Después de lo que antecede, dijo Pantagruel al filósofo Trouillogan:
—Nuestro fiel amigo: corriendo de mano en mano, a vos ha llegado la lámpara. Ahora os toca contestar. ¿Se debe casar Panurgo o no?
—Las dos cosas —respondió el filósofo.
—¿Qué dices? —exclamó Panurgo.
—Eso que he dicho.
—¿En eso estamos? Hablad claro. ¿Me debo casar o no?
—Ni lo uno ni lo otro.
—El diablo me lleve si no sudo, y me lleve asimismo si os entiendo. Voy a ponerme los antecojos en esta oreja para ver si os oigo más claro.
En este momento Pantagruel vio en la puerta de la sala el perrillo de Gargantúa, al que llamaba Kyne, como se llamó el de Tobías. Entonces dijo a todos:
—Nuestro rey no está lejos; levantémonos.
Y no bien hubo acabado de decirlo, cuando Gargantúa entró en la sala del banquete. Todos se levantaron para hacerle reverencia, y Gargantúa, después de haberlos saludado afablemente, dijo:
—Mis buenos amigos: me proporcionaréis un gran placer y así os lo ruego, si no dejáis vuestros asientos ni vuestra conversación; ponedme un sitial en un lado de la mesa y dadme para beber por toda la compañía. Me alegra mucho de háberos encontrado aquí. ¿Queréis decirme de qué hablabais?
Pantagruel le contó cómo al empezar con el segundo plato, Panurgo había propuesto una materia problemática: la de saber si debía o no casarse; que el padre Hippotadeo y el maestro Rondibilis le habían dado sus respuestas y cuando entró lo estaba haciendo Trouillogan, a quien primero había preguntado Panurgo: ¿debo o no debo casarme?, y había respondido: las dos cosas; pero al repetirle la pregunta le había dicho que ninguna de las dos. Panurgo se disgustaba con aquellas respuestas contradictorias y protestaba que no entendía ni palabra.
—A mi parecer —dijo Gargantúa—, la respuesta es idéntica a la que dio un antiguo filósofo cuando le preguntaron si tenía mujer: "la tengo, dijo, pero no es más; la poseo, pero no me posee".
—Y parecida —añadió Pantagruel— a la que dio una charlatana de Esparta. Le preguntaron si había tenido algún negocio con los hombres, y respondió que nunca; pero los hombres sí habían tenido algunas veces negocios con ella.
—Así —dijo Rondibilis— colocamos el neutro en medicina y el mediano en filosofía en la participación de uno y otro extremo, por negación de uno y otro extremo, y en el compartimiento del uno y del otro extremo.
—El santo enviado —añadió Hippotadeo— me parece que lo dijo con mayor claridad: 'Los que están casados, vivan como si no estuvieran casados; los que tienen mujer, como si no tuvieran mujer'.
—Yo interpreto —concluyó Pantagruel— eso de tener mujer y no tenerla, tenerla para el uso a que la naturaleza la destina, esto es, para la ayuda, recreo y sociedad del hombre; no tener mujer es apoltronarse junto a ella; no comunicarle la única y suprema afección que el hombre debe a Dios; dejar los oficios que naturalmente debe a su patria, a la república, a sus amigos; abandonar sus negocios y sus estudios para dedicarse constantemente a complacerla. Tomando de este modo lo de tener y no tener mujer, no encuentro repugnancia ni contradicción en los términos.
—Habláis a maravilla —dijo Panurgo—; pero creo que he bajado al pozo tenebroso en el que, según Heráclito, estaba oculta la verdad. No veo gota, nada entiendo, tengo embotado los sentidos y dudo de si estoy encantado. Hablaré de otro modo: Nuestro fidedigno: no divaguéis, no os guardéis nada, dejaos de chanzas y hablemos sin disyuntivas; los miembros mal unidos disgustan a quien los ve. Venid acá, por Dios, ¿me debo yo casar?
Trouillogan. — Así parece.
Panurgo. — ¿Y si no me caso?
Trouillogan. — En ello no veo inconveniente.
Panurgo. — ¿Ningún inconveniente veis?
Trouillogan. — Ninguno o la vista me engaña.
Panurgo. — Yo encuentro más de quinientos.
Trouillogan. — Contadlos.
Panurgo. — Lo dije hablando impropiamente, tomando número cierto por incierto, determinado por indeterminado; quiero decir muchos.
Trouillogan. — Escucho.
Panurgo. — Yo, por todos los diablos, no puedo pasarme sin hembra.
Trouillogan. — Apartaos de esas villanas bestias.
Panurgo. — ¡En nombre de Dios! Mis Salmigondinos dice que acostarse solo o sin mujer es vida brutal, y lo mismo afirmó Dido en sus lamentaciones.
Trouillogan. — Eso a vuestro gusto.
Panurgo. — Mi gusto es ese, y entonces, ¿me casaré?
Trouillogan. — Por ventura.
Panurgo. — ¿Me encontraré bien?
Trouillogan. — Según lo que encontréis.
Panurgo. — Y si me encuentro bien, como espero, ¿seré feliz?
Trouillogan. — Bastante.
Panurgo. — Volvamos a contrapelo. ¿Y si me encuentro mal?
Trouillogan. — Me excuso.
Panurgo. — Aconsejadme, por favor. ¿Qué debo hacer?
Trouillogan. — Lo que queráis.
Panurgo. — Tarabín, tarabán.
Trouillogan. — No invoquéis a nadie, os lo ruego.
Panurgo. — Sea en el nombre de Dios; yo solo quiero que me aconsejéis. ¿Que me aconsejáis?
Trouillogan. — Nada.
Panurgo. — ¿Me casaré?
Trouilogan. — No estoy por ello.
Panurgo. — Entonces no me caso.
Trouilogan. — En ello nada puedo hacer.
Panurgo. — Si no soy casado, ¿nunca seré cornudo?
Trouillogan. — Así pienso.
Panurgo. — Pongamos que me caso.
Trouillogan. — ¿En dónde lo ponemos?
Panurgo. — Digo que supongáis que me caso.
Trouillogan. — Estaba ocupado en otra cosa.
Panurgo. — ¡Mierda en mi nariz! Si me permitierais jugar un poco, tendría yo algún desahogo; pero, paciencia. Y entonces si me caso, ¿seré cornudo?
Trouilogan. — Podrían decirlo.
Panurgo. — ¿Si mi mujer es honrada y casta, jamás seré cornudo?
Trouillogan. — Me parece que habláis correctamente.
Panurgo. — Escuchad.
Trouillogan. — Todo lo que queráis.
Panurgo. — ¿Será honrada y casta? Sólo nos queda este punto.

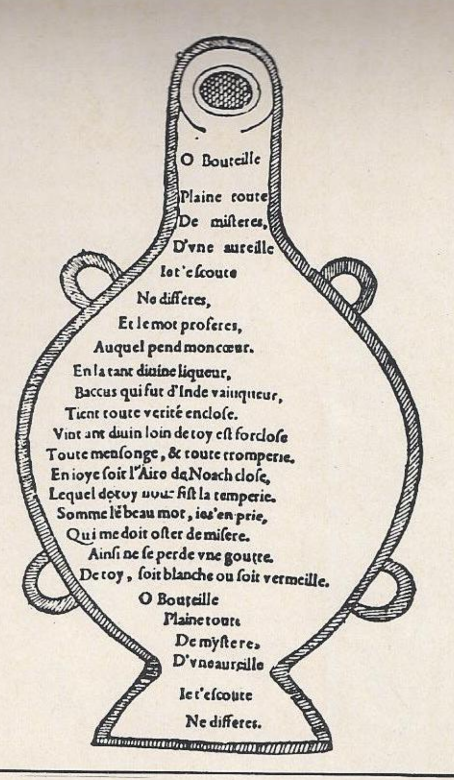
1. *"El mundo sin fe"*, de Brueghel.

2. *"El Papa" y "La Iglesia romana", en dos dibujos de Desprez (París, Bibl. Nac.).*









1



2



3



4



5



6

1. *La "Divina Botella", de la primera edición del* Pantagruel.

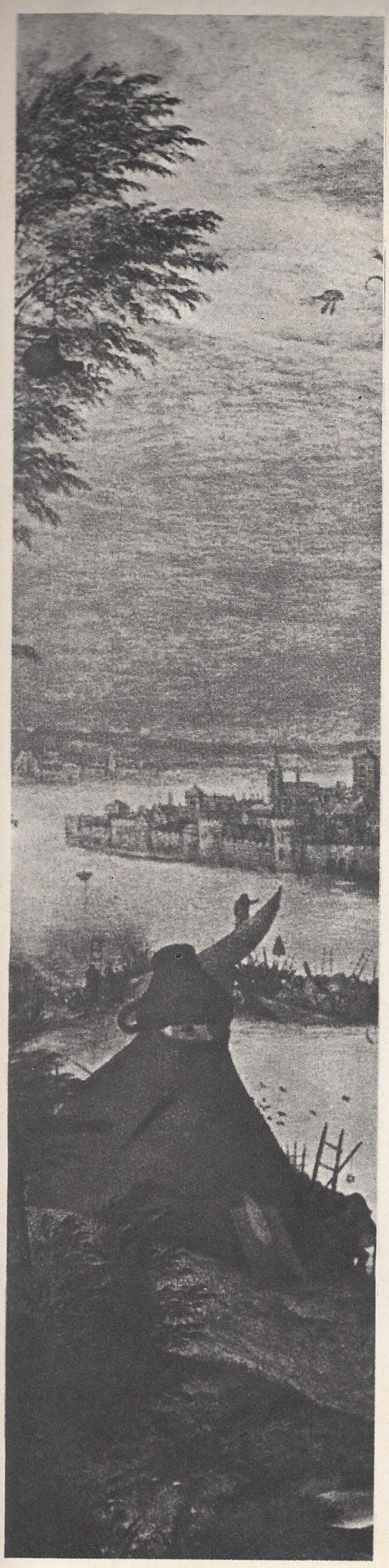
2. *Una ilustración del* Gargantúa *(fines del siglo* XVI*).*

3, 4, 5, 6. *De la primera edición del* Gargantúa*; los vestidos de Gargantúa; Gargantúa entre los doctores; el encuentro de Gargantúa y Picrochole; cómo Gargantúa hizo construir la abadía de Thelem (París, Bibl. Nac.).*

Trouillogan. — Lo dudo.
Panurgo. — ¿No encontrasteis alguna que lo fuera?
Trouillogan. — ¿Qué sé yo?
Panurgo. — ¿Por qué entonces dudáis de una cosa que no conocéis?
Trouilogan. — Por si acaso.
Panurgo. — ¿Y si la encontrarais?
Trouilogan. — Entonces mucho más.
Panurgo — Volvamos hoja, querido, toma mi bonete; te lo doy salvo las antiparras y vete al corral media horita por mí; yo iré por ti cuando quieras. Pero ¿quién me hará cornudo?
Trouillogan. — Alguno.
Panurgo. — Por el vientre de un buey de madera, que he de tratar bien al señor alguno.
Trouillogan. — Vos lo habéis dicho.
Panurgo. — El diantre aquel que no tiene blanco en los ojos, me lleve si no le cierro con el cinturón de castidad el *vergamasca* cuando la deje sola en casa.
Trouillogan. — Discurrid mejor.
Panurgo — Esto está muy bien para los discursos; tomemos alguna resolución.
Trouillogan. — No contradigo.
Panurgo. — Atended. Puesto que de aquí no puedo sacaros sangre; os sangraré de otra vena. ¿Estáis casado o no?
Trouilogan. — Sí, no y las dos cosas.
Panurgo — Dios me ayude. ¡Por la muerte bovina! Sudo, padezco y siento mi digestión interrumpida. Todos mis fragmas, metafragmas y diafragmas están suspendidos y extendidos para *incornifistibular* en la faltriquera de mi entendimiento todo lo que decís y contestáis.
Trouillogan. — A mí no me embaraza.
Panurgo. — Adelante, nuestro fidedigno. ¿Estáis casado?
Trouillogan. — Así me lo han dicho.
Panurgo — ¿Lo habéis estado alguna vez más?
Trouillogan. — Es posible.
Panurgo — ¿Os hallabais bien la primera vez?
Trouillogan. — No es imposible.
Panurgo. — Y esta segunda vez, ¿cómo os encontráis?
Trouillogan. — Como impone mi destino.
Panurgo. — Pero sepamos, ¿os encontráis bien?
Trouillogan. — Es verosímil.
Panurgo. — ¡Qué trabajo! Por la carga de San Cristóbal, que sería más fácil arrancarle un pedo a un asno muerto que a vos una resolución. A ver si acierto en este golpe. Nuestro fidedigno, aunque se enfade el diablo del infierno; confesemos la verdad. ¿Fuisteis alguna vez cornudo? Digo vos, el que estáis aquí, no digo el que está abajo o en el juego de pelota.
Trouillogan. — No, si no estaba predestinado.
Panurgo. — ¡Por la carne! Reniego, renuncio y me voy.
A estas palabras se levantó Gargantúa y dijo:
—Alabado sea el buen Dios en todas las cosas. Por lo que veo, el mundo se ha vuelto niño, después de ser yo hombre. ¿En dónde estamos? ¿En dónde están los doctos y prudentes filósofos instruidos en las escuelas pirronianas, aforéticas, escépticas y efécticas? ¡Alabado sea Dios! De ahora en adelante no será posible tomar a los leones por las melenas, a los caballos por las crines, a los búfalos por el morro, a los bueyes por los cuernos, a los lobos por la cola, a las cabras por las barbas, a los pájaros por las patas ni a los filósofos por las palabras. Adiós, mis buenos amigos.
Dicho esto, se retiró."

Nuevas tierras, costumbres antiguas

Finalmente, interpretando una respuesta del bufón Triboulet, Panurgo y Pantagruel deciden marcharse a interrogar al "Oráculo de la Divina Botella". Y sigue así en el Libro Cuarto, el viaje que deberá conducirlos a tal fin maravilloso. Así como el libro anterior le ofreció a Rabelais las más diversas ocasiones para crear truculentos y extravagantes cuadros satíricos y anudar una cantidad extraordinaria de episodios impensados, pintorescos y exóticos, también este viaje le brinda magníficas oportunidades. Es una larga peregrinación por mar (sugerida por el fresco recuerdo de los viajes de descubrimiento del navegador francés Cartier), que lleva a nuestros viajeros a los más extraños países: de la tierra de los Chicanous, es decir, de los "procesadores", que ofrece el pretexto para una nueva sátira del mundo de los leguleyos, a la isla de los Papahigos (es decir, de aquellos que "le hacen los higos al papa", o sea los fanáticos protestantes), a la de los Papimanos, es decir, de los maniáticos del autocratismo papal, ciegos adoradores de las famosísimas "decretales". Entre las diversas aventuras que ocúrren en este pasaje, la más curiosa es la del repentino resonar en las orejas de todos los navegantes, mientras estaban comiendo alegremente, de una cantidad de voces y sonidos diversos "de hombres, de mujeres, de niños, de caballos". Ante lo cual Panurgo, atemorizado por la idea de una emboscada, pregunta inmediatamente al hermano Juan si tiene listo su fiel espadón. También los otros se muestran preocupados, pero el piloto explica:
"—Señor, no os asustéis; éste es el confín del mar glacial, en el que a principios del invierno próximamente pasado se riñó una grandísima y cruel batalla entre los arimaspianos y los nefelibates. Las palabras y los gritos de las mujeres y de los hombres, el choque de las masas, los golpes de las armaduras y de las armas, los relinchos de los caballos y todos los demás clamores del combate se helaron en el aire. Ahora, habiendo pasado el rigor del invierno y con el tiempo sereno y dulce que tenemos, se funden y podemos oírlas.
—¡Por Dios! —dijo Panurgo—. Yo te creo; pero ¿podríamos coger alguna? Recuerdo haber leído que en la falda de la montaña sobre la que Moisés recibió la ley de los judíos, el pueblo veía sensiblemente la voz.
—Tened en cuenta —dijo Pantagruel— que aquí las palabras no están todavía deshe-ladas.
Y nos arrojó entonces sobre la cubierta a manos llenas palabras heladas que parecían grageas perladas de diversos colores. Allí vimos palabras de Gules, palabras de Sinople, palabras de Azur, palabras de arena y palabras doradas que al ser calentadas un poco entre nuestrs manos se fundían como la nieve. Las oímos realmente; pero no las comprendíamos porque pertenecían a un lenguaje bárbaro. Una de ellas era tan gruesa, que al recalentarla el hermano Juan entre sus manos, produjo un sonido como el de las castañas en la brasa cuando no se han rajado previamente y estallan, lo que nos hizo a todos temblar de miedo.
—Éste era en su tiempo un grito de halcón —dijo el hermano Juan."
Y este sorprendente juego dura todavía un poco más para alegría de los presentes.
Pero el viaje no carece de peligros; y ahí Rabelais hace su experiencia en un tema clásico, una tempestad durante la navegación, con una originalísima mezcla de grandiosidad pintoresca y de violenta comicidad.
"De pronto el mar comenzó a hincharse y a tumultar en abismos; fuertes olas golpeaban los flancos de las naves; el mistral acompañado de negros nubarrones, terribles torbellinos y mortales borrascas silbaban a través de nuestras antenas. Vimos al cielo tronar en lo alto, fulminar. esclarecer, llover, granizar, al aire perder su transparencia, quedar opaco, tenebroso y oscuro, sin que nos alumbrara otra luz que la de los relámpagos que desgarraban las nubes. Aquello nos parecía el antiguo caos, en el cual estaban fuego, aire, mar, tierra, todos los elementos en refractaria confusión.
"Panurgo, después de repartir el contenido de su estómago a los peces escatófagos, quedó tan afligido, tan matagrobelizado, que medio muerto invocó los benditos santos y santas en su ayuda, protestó confesarse en tiempo y lugar, y después gritó con gran espanto:
"—¡Mayordomo!, amigo mío, mi padre, mi tío, dadme un poco de salmuera, porque veo que vamos a beber demasiado. Comer poco y beber mucho, será siempre mi divisa. Quiera Dios y la bendita, digna y sagrada Virgen, que pronto, cuanto antes, ahora mismo, me vea en tierra firme bien a mi gusto. ¡Oh, qué tres y cuatro veces felices son los que están plantando coles! ¡Oh, Parcas, que no me criasteis para plantador de coles! ¡Oh, qué pequeño es el número de aquellos a quienes Júpiter ha concedido su favor haciéndoles



1

plantadores de coles! Aquéllos tienen siempre un pie en tierra y el otro no muy lejos. Disputan como quieren sobre la felicidad y el bien humano, pero el que planta coles es en este momento por mi decreto declarado dichoso, con mejor juicio que Pyrrhon, quien hallándose en un peligro parecido al nuestro y viendo a un cerdo cerca de la ribera que comía la cebada esparcida, lo declaró feliz por dos condiciones: por saber que para él había cebada y por hallarse además en tierra. En su edificio magnífico y señorial no había más techo que el de las vacas. Esta ola nos llevará. ¡Oh Dios conservador! ¡Amigo mío, un poco de vinagre! ¡Yo sudo de angustia! ¡Hola! Las velas están rotas, el cordaje a pedazos, las cofas crujen, el palo mayor cayó al mar, la carena está al sol y las gumenas también rotas. ¡Hola! ¡Hola! ¿En dónde están nuestras bolinas? ¡Todo se ha perdido por Dios! Nuestro trinquete está hundido en el agua. ¡Ay, ay! ¡A quién pertenecerán mis pedazos! Amigos, prestadme uno de esos guardafuegos. Hijos míos, vuestra linterna se ha caído. No abandonéis la sirga. Oigo temblar la argolla. ¿Se ha roto? Por Dios, salvemos la braga; de la popa no os ocupéis. Bebebe bous, bous, bous; mirad, por favor, la aguja de vuestra brújula, maestro Astrófilo. ¿De dónde nos viene esta fortuna? A fe mía, que tengo un hermoso miedo. Bon, bon, bons, bons, bons. Otto, to, to, to, to, ti. Yo me acabo. Yo nado. Yo nado, yo muero, buenas gentes, yo nado.

"Al pasar por el corredor, el hermano Juan lo vio y le gritó:

"Por Dios, Panurgo el ternero, Panurgo el llorón, Panurgo el jipón, harías mucho mejor en ayudarnos aquí que llorando ahí como una vaca, escondiéndote los cojones como si fuera una hucha.

"Be be be bebamos —contestó Panurgo—; hermano Juan, mi buen amigo, mi buen padre, yo nado, amigo mío, yo nado. Esto se acaba, mi amigo, mi padre espiritual, esto se acaba. Zalas, zalas, estamos por debajo de *ut*, fuera de toda la gama. Be be be bebamos. Zalas, ya estamos debajo de do y de toda la gama. Yo nado. ¡Ay mi padre, mi tío, mi todo! El agua entra en mis zapatos por el cuello. ¡Ay, ay, ay, ay, yo nado! Zalas, zalas, hu hu hu hu, be be be bebamos. Ay, ay, ay, esta ola de Dios envolverá nuestra nave. Zalas, hermano Juan, mi padre, mi amigo, confesión. Vedme de rodillas. *Confiteor*. ¡Vuestra santa bendición!

"—Ven, colgado del diablo —dijo el hermano Juan—, ven aquí a ayudarnos, por treinta legiones de diablos, ¿vienes?

"—No juremos —dijo Panurgo—, padre mío, amigo mío, no juremos a estas horas; mañana todo lo que queráis. Zalas, zalas. Be be be bebamos. Ahora estamos en el fondo. Zalas, zalas, yo doy ochocientos, dieciocho cientos mil escudos al que me ponga en tierra; tan temeroso y tan miedoso como estoy nunca lo estuvo ningún hombre en mi patria de mierda. *Confiteor* Zalas, una palabra de testamento o codicilio por lo menos.

"—Mil diablos —dijo el hermano Juan—, salten al cuerpo de ese cornudo. ¿Por qué hablas ahora de testamento, cuando estamos en peligro y nos conviene animarnos más que nunca? ¡Ven acá, diablo!

"—Zalas, zalas —dijo Panurgo—, zalas, be be bebamos. ¿Estamos destinados a perecer aquí? ¡Ay, buenas gentes, yo nado, yo muero! *Consumatum est*. ¡Todo terminó para mí!..."

El Libro Quinto, por fin, luego de narrar la larga escala de los viajeros en la *Isla Sonante* (es decir, en una tierra ensordecida por el continuo fragor de campanas, que representa a la Curia romana), los hace acercar al fabuloso y lejanísimo país de Linternés (el país de los estafadores), donde finalmente llegan a la presencia de la sacerdotisa Babuc, la que les comunica la respuesta de la Divina Botella; el único remedio verdadero para adormecer toda duda, más o menos angustiosa: "¡Trink!" o sea, "¡Bebe!" Sentencia que, según la costumbre de Rabelais tiene doble sentido: "goza honestamente y alegremente de lo que la vida te ofrece de bueno" y "bebe en las fuentes del saber".

Un nuevo estilo en una cultura antigua

La exposición forzosamente sumaria que hemos hecho presenta sólo en parte la idea de la fisonomía de originalidad excepcional de la obra maestra de Rabelais. Ya que la trama simplísima de su vasta "novela" y las vicisitudes de sus héroes se adornan a cada paso con una frondosa vegetación de episodios, digresiones, pequeños hechos burlescos, anécdotas y apólogos, salidas ingeniosas, extravagantes listas y pasajes satíricos, ocasionales discusiones y disertaciones filosóficas, filológicas, políticas, científicas y pedagógicas, o también netamente y fantasiosamente "pantagruélicas", y más o menos fuertemente salaces. Una fantasmagoría que es ya un estilo. Porque Rabelais, rehuyendo casi siempre a toda abstracción, se abandona sin frenos al placer de la representación, la más evidente posible, de un vigor y una riqueza obsesionante. El escritor acumula para cada objeto o situación los detalles pintorescos, los rasgos salientes, los dichos agudos, los hallazgos y las invenciones verbales más diferentes, con abundancia literalmente asombrosa, utilizando el lenguaje familiar de su tiempo —aún teñido de medievalismos— y dialectos y también la jerga, así como la lengua culta; creando él mismo audaces neologismos, y tomando a veces del griego, del italiano, del español, de las lenguas germánicas y hasta del hebreo.

Él juega con la cultura clásica y cristiana, científica y literaria: al incluir sabrosísimas citas áulicas en los lamentos de Panurgo,



2

aterrorizado por la borrasca, al explotar su erudición anatómica, para ilustrar los maravillosos y pavorosos efectos de un gran sablazo o de un buen golpe de lanza (los que tanto gustaban a los autores de los poemas caballerescos); para describir en forma muy minuciosa cualquier oficio más o menos bajo del cuerpo humano; nutre de sutilezas filosóficas más de una burlesca disertación, con la misma jocosa facilidad con que enumera las ciento y tantas variedades de "limpiaculos" que experimenta Pantagruel niño . . . Y si sus larguísimas enumeraciones similares a ésta parecen alguna vez demasiado reiteradas, su vigor expresivo es constante, y halla parangón sólo en el de los mayores escritores de la literatura mundial.

Es, en general, una "manera" en la que predomina la truculencia; la tendencia a la materialización sólida, a una superabundancia continuada que parece no conocer la mesura y que sólo recurre al ritmo, a una prodigiosa realización del "estilo hablado". Pero una cantidad de pasajes, y a veces enteros capítulos, nos muestran en cambio a un Rabelais dedicado a valerse de sus medios en modo más sobrio, descarnado y ligero en los términos como en las alusiones, según una línea que anacrónicamente podemos llamar volteriana; y nos revelan también con alguna frecuencia (especialmente cuando se habla de la infancia) una exquisita delicadeza de tacto y de sentimiento, una sonriente e indulgente humanidad.

Hasta su tan insistido *realismo* termina a menudo por trocarse en lo que debemos llamar, según un término introducido entre nosotros en épocas más recientes, un auténtico "surrealismo". El punto de partida de estos y otros ejercicios similares habrá sido sin duda, como con frecuencia se ha observado, el gusto por la desmesura, esencial en la obra, en el que confluía la ingenua pompa del léxico que fue típica de los humanistas (con espíritu no diverso, en el fondo, del de aquellos juegos que suelen divertir aún hoy a los niños que consiste en hallar el mayor número de palabras que comienzan con una letra determinada del alfabeto), y el placer de imitar al charlatanesco expediente de asombrar al ingenuo oyente con imprevistos torrentes de palabras más o menos arbitrarias; y, también, la antigua tradición medieval y especialmente estudiantil, del *coq-à-l'âne* (el "sin sentido") que entre los italianos tiene brillantísimos ejemplos en la poesía del cuatrocientista Burchiello. Pero resulta indudable que en esta línea Rabelais, según las sugerencias de la rima y de la aliteración, y también por la vía de misteriosas analogías subconscientes, llegó a resultados de la misma naturaleza de los modernos experimentos franceses de "escritura automática"; y más generalmente, explotando a fondo la diferencia entre el

1. *Brueghel, detalle de* "Las tentaciones de San Antonio".

2. *Brueghel,* "Juegos de niños" *(Kunsthistorisches Museum, Viena).*

En la página siguiente:

1. *Ilustraciones de Doré para el* Gargantúa.

2, 3. *Dos páginas de la primera edición del* Gargantúa.

significado ordinario y el metafórico ya introducido en el uso común de tantas palabras y locuciones, en procedimientos y efectos que son, sin más, los de nuestro surrealismo.
Y ello con resultados curiosamente poéticos. Como ya lo hemos señalado en el episodio de las *palabras congeladas*, y como se ve aún más claramente en todo el gracioso capítulo XXVI del Libro Quinto, en el cual, partiendo de la muy común locución "¿adónde *va* este camino?", nos narra con mucha gracia cómo los caminos *caminan*, "llevan" a los viandantes sin fatiga a tal o a tal otra ciudad; y se presentan caminos en mal estado o bien cuidados, solitarios y sociables, y hasta corren el riesgo de ser robados por "ladrones de caminos"! . . . Hasta que florece, de pronto delicada y aun patética, la poesía: "Reconocí entre las rocas el antiguo y buen camino de la Ferraté montado sobre un oso. Al verlo de lejos me recordaba una pintura de San Jerónimo, si el oso hubiera sido un león; estaba muy mortificado: tenía una barba larga toda blanca y mal peinada, que parecía hecha de témpanos; tenía sobre sí muchos grandes troncos de pino salvaje y estaba como de rodillas, y no de pie ni acostado; se golpeaba el pecho con gruesas y rudas piedras. Al mismo tiempo nos causaba piedad y miedo." Sorprendente parentesco, realmente, entre el viejo padre Rabelais y los más audaces desarrollos de la poesía francesa contemporánea. Que agrega un último toque de misterio a la obra sin duda más compleja e importante de toda la literatura francesa.

Una sátira densa de humanidad

Una obra que si bien se presenta exteriormente como una fantasiosa, gigantesca, sorprendente y espirituosísima bufonada —una colección de episodios farsescos, groseros, o maliciosos, o delicados, dictados por un estro caprichoso e inagotable—, revela al mismo tiempo, sin embargo, claras ambiciones, plenamente realizadas, de una representación satírica del mundo, vasta tanto como compleja, violentamente reidera pero casi siempre precisa y profunda. Y el burlesco de Rabelais es de naturaleza particular. En realidad, entre sus escritos y el de los habituales "burlescos" existe la misma diferencia que entre las viñetas de los caricaturistas de oficio, si bien vivaces y geniales, y las tan humanas escenas de un Daumier. Su comicidad se funda en una agudísima, fulmínea y absolutamente desprejuiciada observación de la realidad, por lo que un rasgo de su personaje, una inflexión de voz, un tic verbal, se transforma en la revelación de un carácter, o aun más frecuentemente de un tipo, y de todo el mundo que el mismo representa. Es decir, un cómico a la manera de Molière, porque no excluye aperturas en el tono grave y serio, implica siempre lo humano, y está siempre pronto a hacer brillar aunque sólo sea con un guiño de ojos a las soberanas razones y a la risa triunfal del buen sentido, aun cuando se complace en abandonarse a las creaciones de fantasía más paradojales y anormales. Aquí se debe observar que Rabelais renovó decididamente el género satírico, poniéndolo en una nueva vía que, a partir de él, será largamente seguida por los modernos. En las literaturas clásicas —retomadas en su tiempo por los humanistas— la sátira consistía en general en un discurso agradablemente moralizante a la manera de Horacio, o en la sanguinaria invectiva a la manera de Juvenal, y si también encontramos anécdotas sabrosas o coloridos retratos, los mismos son casi siempre detalles del cuadro. Mientras Rabelais se vuelca a la figuración objetiva, de impresionante realismo; y tuvo en esto, se puede decir, un solo predecesor, aquel misterioso Petronio de los tiempos de Nerón con su pequeña obra, *Satyricon*, que nos llegara mutilada. Pero aparte de esto, haciendo una especie de síntesis entre la argucia pintoresca de las *farsas* y de las *fabulillas* (*fabliaux*) medievales francesas y las divertidas fantasías de los poemas caballerescos más o menos jocosos (de Pulci a Merlin Cocai), y superándolos a todos con la potencia poética y la variedad de los argumentos, él trató con el mismo realismo aun sus historias más fabulosas, dando a las mismas casi siempre un significado simbólico, con claras alusiones a los hechos de este mundo. Por lo que se puede decir que a partir de él nace toda la moderna literatura satírica y simbólico-utopista, de la que *Los viajes de Gulliver*, de Swift, son el más famoso ejemplo.

Así, las proporciones gigantescas de sus héroes, Gargantúa o Pantagruel, más que permitirle fáciles efectos de maravilla, sirven para poner de relieve la "pequeñez" de nuestra común humanidad que requeriría, para ser bien gobernada, cualidades sobrehumanas en sus reyes (mientras que todos los monarcas de la historia son reducidos por Rabelais a la más mezquina humanidad, en el capítulo que narra el breve viaje de Ponocrates al más allá). La criminal sed de conquista de los príncipes, ya entonces lugar común de tantos tratadistas, en vez de una de las habituales diatribas, da lugar, en la obra de Rabelais, a la larga y divertidísima historia de la guerra y derrota de Picrochole. La crítica radical a la antigua educación escolástica, en los Colegios y en las Facultades, aparece en una cantidad de escenas y pequeñas escenas de comicidad incontenible, no sin algún inolvidable retrato de profesores a la antigua, tanto más presumidos cuanto más sustancialmente ignorantes, en los que la caricatura toca los extremos; y, más allá de lo contingente, el blanco último termina por ser aquel formalismo académico conjetural y exclusivista que es una amenaza perpetua para nuestro saber. Hasta de la nueva cultura humanista, en la que sin embargo tenía tanta confianza, Rabelais osa burlarse: satirizándola en su manía (heredada del medioevo) por sostener toda argumentación con la "autoridad" de grandes citas de los autores antiguos, y parodiando él mismo esta vana ostentación de erudición cuando finge desear confirmar la verdad de alguna de sus patrañas con una cantidad de referencias a los textos clásicos más acreditados: ¡referencias a menudo totalmente inventadas! Y también su divertida indulgencia para con las bribonerías de Panurgo, que evidentemente se extiende a todos los expedientes ingeniosos de que se valen tantos pobres diablos para subsistir, y pretende significar que no es cosa tan lamentable la supuesta criminalidad de las mismas, frente a las verdaderas plagas de este mundo que son de naturaleza político-social.

Entre las mismas, enorme en sus tiempos (y lamentablemente no desaparecida aún en los nuestros), la administración de la justicia, con su corrupción y tal vez más aún con sus increíbles lentitudes, la selva inextricable de leyes y decretos, de sentencias que sirven como precedentes, de glosas y comentarios a los códigos, que se prestan a toda suerte de trampas y de abusos, de interminables aplazamientos, de maniobras de todo género. Aquí el genio de Rabelais es inagotable. El lector de Gargantúa gustará, entre otras, la surrealística parodia de aquel intrincadísimo proceso al que Pantagruel resuelve tan ingenosamente; pero los episodios parodísticos o caricaturales de tal tipo son numerosísimos en su obra, hasta la escena formidable del proceso criminal del que Panurgo y sus compañeros corren el riesgo de ser víctimas, en el Libro Quinto.

Igualmente insistente, como el lector ya habrá comprendido por cuanto hemos dicho en la biografía de Rabelais, es la sátira de las costumbres de los religiosos, que se extiende a todo el edificio demasiado rígidamente jerárquico y a la política excesivamente mundana de la Iglesia Romana, a las pretensiones absolutistas del papado. Polémica aparentemente alegre y casi bondadosa, en la que se originan impagables escenas de comedia, como la visita a la tierra de los Papimanos y la estadía en la Isla Sonante —o sea, la Curia— en la que con graciosa fantasía el papá y los cardenales y toda la comitiva están simbolizados por grandes pájaros multicolores de los que el guía Editus, con su divertida reserva, ilustra detalladamente las especies y los caracteres. Pero, veladamente, la sátira es mucho más profunda, ya que partiendo de los "sofistas" de la Sorbona, la misma abarca, en forma más o menos evidente, a toda la teología escolástica y a toda aquella "religiosidad" formalista y oprimente que siempre ha ensombrecido al mundo.

Elogio de la locura

¿Cuál es, o mejor, cuál desea ser, en las intenciones del autor, el alcance de esta sátira universal? Aun sin osar negar la profunda convicción que anima los pasajes tan agudos contra la cultura y sobre todo la antigua pedagogía escolástica, o contra los "Papimanos", o contra las locuras de los reyes, la justicia, etc., más de un crítico, recordando al entonces celebérrimo *Elogio de la locura,* ha sostenido que, en sustancia, esta sátira tan completa, que desarrollando hasta sus extremas consecuencias los temas de una antigua tradición parece desear trastornar todo en su jocoso escarnio, al fin no fustiga tanto a los "vicios humanos" y a los defectos de un ordenamiento social dado como a la universal locura e incurable estupidez de los hombres, de todo este bajo mundo, que así es desvalorizado. Y no se puede negar en la obra de Rabelais la existencia de más de un indicio de ello, de que el autor de *Gargantúa y Pantagruel* goza con truculento entusiasmo al afirmar su propia independencia, al tomar, casi siempre sin rencor pero con desprejuiciada agudeza, alternando el desdén con la divertida indulgencia, las innumerables contradicciones de la gran comedia de la vida, al punto de dar la impresión, con frecuencia, de que él desea hacer tabla rasa a la misma. Pero esta misma vida, como lo saben todos sus atentos lectores, es afirmada, al mismo tiempo, casi orgiásticamente. Rabelais mismo invitaba al lector a gustar la "sustancia medular" que se hallaba en su narración, bajo la gruesa corteza; y se observa con justicia que aquella misma insistencia sobre los aspectos más materiales de nuestra vida refleja el esfuerzo, común a tantos otros representantes del humanismo, por rescatar aquella parte de nuestra naturaleza a la que el ascetismo medieval y cierto platonismo más reciente continuaban negando y excluyendo: es decir, la exaltación de las "pantagruélicas" comidas y bebidas y la desprejuiciada alegría con que se habla de los deleites de Venus, tienen su valor positivo y en cierto sentido doctrinario.

Y, en general, toda esta briosa y tonificante gran sátira (que nunca induce a despreciar a los hombres sino solamente a reír de los errores de éstos) se configura muy claramente como una alegre batalla del hombre del Renacimiento, ávido de certezas racionales y experimentales, animado por el irreverente espíritu crítico de los tiempos nuevos, contra la ciencia y el pensamiento medievales, esclavos, en todas las disciplinas, de postulados gratuitos de los que se derivaban las más absurdas nociones. Y esta generosa confianza en el futuro, en las infalibles conquistas del espíritu humano liberado de las tinieblas de los viejos prejuicios (no por nada el único autor moderno citado varias veces es "nuestro Lorenzo Valla", el espíritu más agudo

1

Gargantua. 56

recommendoient a sa diuine clemence pour tout laduenir. Ce faict entroiēt en leur repous.

Comment Gargantua employoit le tēps quād lair estoit pluuieux. Cha. XXII.



SIl aduenoit que lair feust pluuieux & intempere, tout le temps dauant disner estoit employe cōme de coustume, excepte quil faisoit allumer vng beau & clair feu, pour corriger lintemperie de lair. Mais apres disner en lieu des exercitations: ilz demouroient en la maison & estudioient en lart de paincture: & sculpture: ou reuocquoient en vsage lanticque ieu des ta

2

Gargantua. 121



AV millieu de la basse court estoit vne fontaine magnificq̄ de bel Alabastre. Au dessus les troys Graces auecques cornes dabondance. Et gettoiēt leau par les mamelles, bouche, aureilles, yeulx, & aultres ouuertures du corps.

Le dedans du logis sus ladicte basse court estoit sus gros pilliers de Cassidoine & Porphyre, a beaulx ars dantiq̄. Au dedans desq̄lz estoiēt belles gualeries lōgues & amples, aornees de painctures, de cornes de cerfz & aultres choses spectables. Le logis des dames cōprenoit depuis la tour Artice, iusq̄s a la porte Mesembrine. Les hōmes occupoient le reste.

Deuāt ledict logis des dames, affin quelles eussent lesbatement, entre les deux premieres

3

y *progresista* del humanismo italiano), que se trasluce en toda la obra, se afirma con innegable evidencia en muchos episodios; y sobre todo, como es natural, en aquella carta programática que Gargantúa envía a Pantagruel a París para aconsejarlo e incitarlo a realizar nuevos estudios. Es innecesario objetar que el tono global del relato, todo o casi todo aparece puesto en ridículo. Cuando Rabelais invita a sus lectores a reír con él, recordando que ya según Aristóteles "la risa es propia del hombre" confirma en sustancia su confianza en la capacidad humana en cuanto a elevarse del error, a hacer brillar el luminoso y alegre buen sentido natural sobre las tinieblas de los prejuicios; valiéndose de la risa como de un arma benéfica y restauradora, él anticipa claramente la famosa ironía de Voltaire. Por otra parte, la idea de realizar una síntesis entre cierta tradición narrativa típicamente popular y las exigencias de arte y de pensamiento de un hombre de alta cultura, entre el colorido lenguaje plebeyo y la expresión de ciertos ideales suyos, fenómeno tal vez único en la historia de la literatura mundial, ¿no significaba ya superar resueltamente la mentalidad humanista corriente, cuyo límite, no lo olvidemos, estaba en un sentido exquisitamente aristocrático de la cultura?

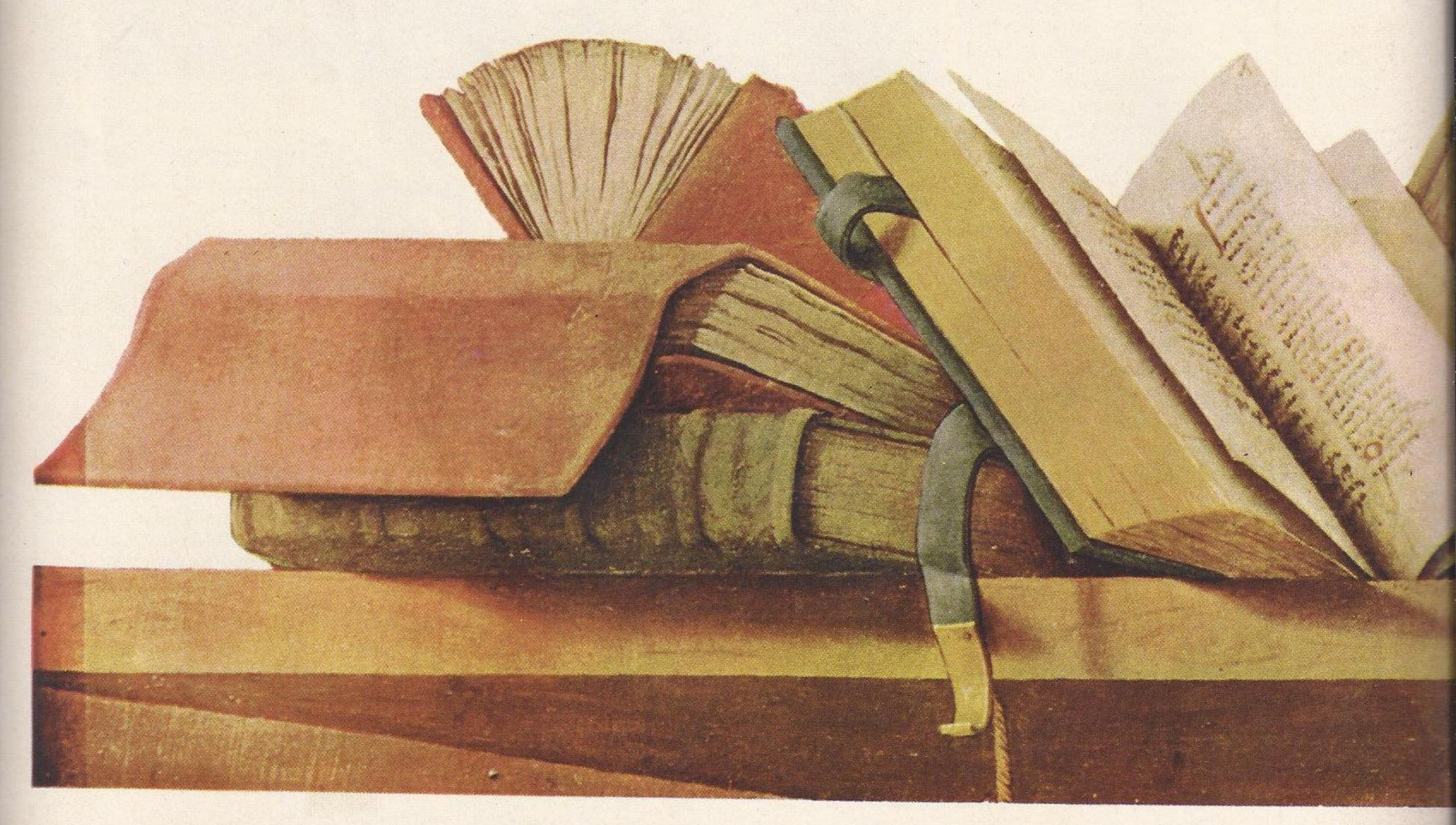
Y en muchas cosas Rabelais, aun asumiendo y resumiendo un poco todos los ideales de la cultura humano-renacentista, va más allá de la misma, anticipando la civilización "iluminista". En la educación, por ejemplo, cuando nos muestra a su Pantagruel que, aparte de instruirse con los libros y con la experiencia directa en todas las ciencias y artes "liberales", visita también los talleres de los plateros y tintoreros y de todos los artesanos de París, estudia sus procedimientos, se ocupa, en suma, de todas aquellas actividades que en el siglo XIX recibirán el nombre de "Artes y Oficios": cosas que los humanistas de entonces despreciaban, como actividades manuales, es decir, "serviles", indignas del hombre volcado a los estudios más nobles. Ya hemos visto, además, cómo las actividades fisiológicas del cuerpo humano sugirieron a Rabelais aquella gran visión de los intercambios, de las deudas y de los empréstitos de los que vive todo el mundo de la Naturaleza, que es una clara alusión a una radical solidaridad sobre la que debe fundarse el mundo de los hombres. En esta línea se basan los asombrosos capítulos LVII, LVIII, LIX, LX, LXI y LXII del Cuarto Libro, de cuando Pantagruel y sus compañeros visitan la "morada de Messer Gaster [el Vientre] primer maestro de artes del mundo". Y allí aprenden cómo la humanidad, impulsada por la necesidad primitiva de subsistir, y entonces por el deseo de vivir con comodidad y seguridad crecientes, construyeron gradualmente todo el edificio de nuestra civilización; y cómo, desviándose del justo camino del progreso, nacieron también las aberraciones (que hoy llamamos *involuciones*) de los Gastrólatras, o adoradores del Vientre, que viven y acumulan, envueltos en una especie de mística locura, solamente para servirlo.

Una doctrina que no sería exagerado denominar "premarxista". Y es parte de todas aquellas concepciones del mismo género, a las que Rabelais se veía impulsado por el poderoso naturalismo que de todas las corrientes del gran movimiento renacentista era la más connatural a su espíritu y a su temperamento de escritor-creador. Por ello, también, su particularísima posición en materia de religión.

¿Ateo o fiel hijo de la Iglesia?

Aquí se debe recordar que diversos estudios del siglo XIX —y también en nuestros días el autorizado Albert Lefranc—, basándose en todos los ataques contra la Iglesia —o igualmente contra el protestantismo— y en las negaciones de toda teología escolástica, así como en el carácter violentamente *naturalista* de toda la obra, sostuvieron que Rabelais fue en lo más íntimo de sí una especie de materialista ateo. Afirman que todos los llamados a la divinidad de la tradición cristiana, a las Sagradas Escrituras y a sus dictámenes, no eran más que una "máscara" de la que él se valía para poder continuar escribien-

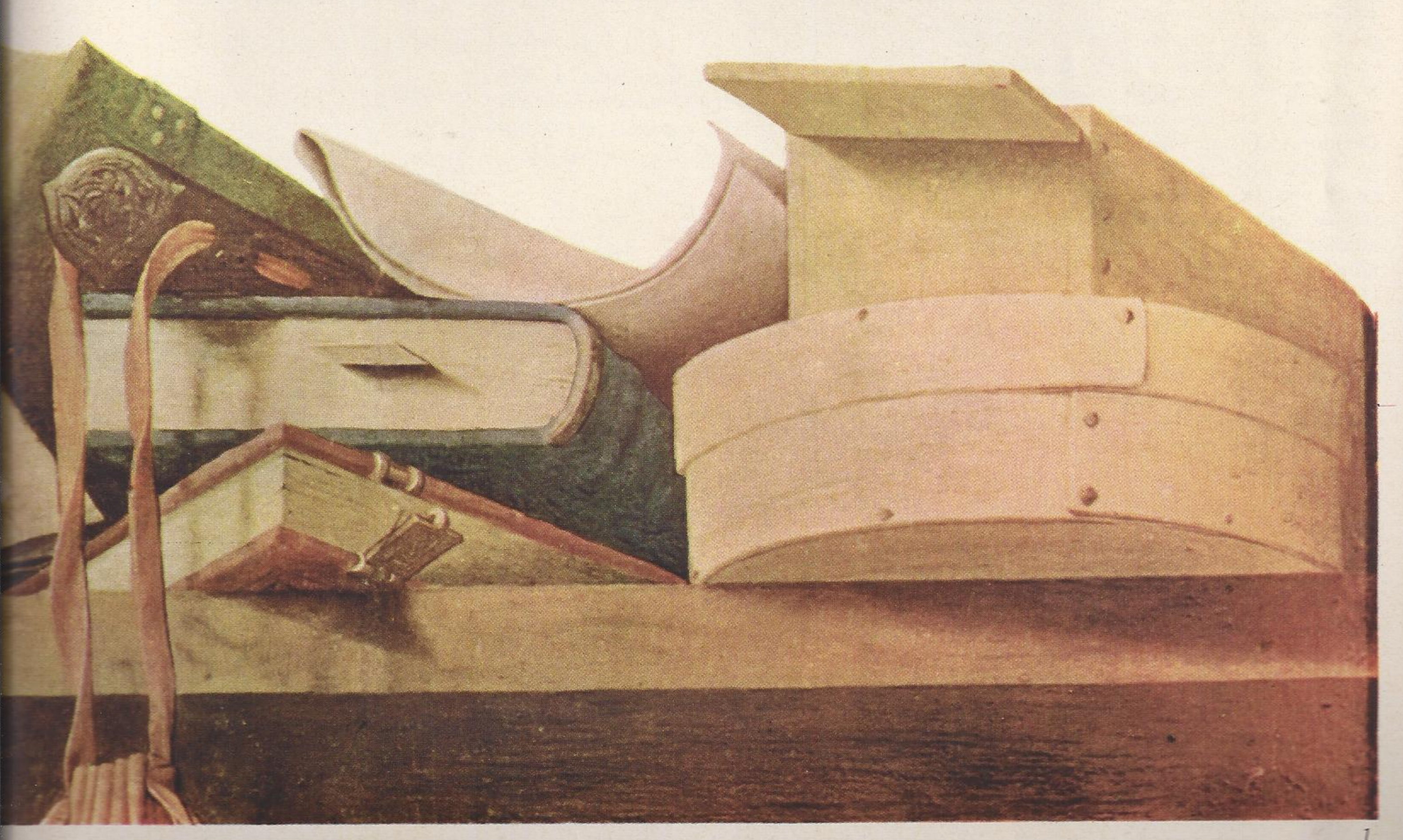
Maestro de la Anunciación de Aix: naturaleza muerta con libros y queso (Rijks Museum, Amsterdam).



do y publicando y divulgando su verbo a pesar de la época. Opinión muy claramente desmentida por varios pasajes del *Gargantúa y Pantagruel*, y contra la cual se opuso hace pocos años un historiador del valor de Lucien Febvre, quien trató de demostrar con un documentado volumen la perfecta ortodoxia católica de Rabelais, que habría atacado siempre a la Iglesia pero no al catolicismo, y que tenía relación, aun con sus "libertades", con la "línea" del más duro Erasmo. Pero esta tesis, si ya es difícil de sostener para el gran Erasmo de Rotterdam (que solicitaba con tanta insistencia la reducción del número de los Sacramentos), no es, a mi juicio, propiamente admisible para Rabelais. Es muy cierto que, aun compartiendo con los protestantes las críticas más radicales y las más implacables acusaciones contra los ordenamientos y la conducta y las costumbres de la Curia Romana, también Rabelais, como su maestro Erasmo y como tantos humanistas de la época, no podía admitir aquella cerrada negación del *libero arbitrio* que hacían Lutero y Calvino (¡aquellos "predestinadores del diablo!), ya que la concepción ideal del Hombre del Renacimiento lo pretendía criatura predilecta de Dios, señor de la Naturaleza, plenamente responsable de sus actos, y libre, por lo tanto, de elegir entre el Bien y el Mal. Y es igualmente cierto que Rabelais, como tantos otros humanistas, justamente por esto prefirió permanecer en el ámbito del catolicismo. Pero el hecho es que también él, como tantos otros espíritus afines, veía como indispensable para la Iglesia una reforma total. Y nos lo demuestra muy bien su constante simpatía por la secta de aquellos "doctores, o predicadores, evangélicos" que pretendían el retorno a la santidad, simplicidad y pobreza de la Iglesia primitiva, a los Evangelios, y como buen humanista, a la palabra de San Pablo, el "santo enviado". Pero con todo, es necesario decir que el suyo fue un catolicismo muy especial: con la pacífica admisión de la posibilidad, antes bien normalidad, de una apelación directa del alma humana a Dios, sin intermediarios, el absoluto silencio de sus libros acerca de toda práctica religiosa normal, el reconocer, como preceptista, solamente y únicamente a los *Evangelios* y a las *Cartas* de Pablo, negando así toda mediación teológica y, sobre todo, ignorando a propósito —en su turbulento y, diría, orgiástico naturalismo— la utilidad del dolor, la santidad de la renuncia, y el valor de cualquiera "mortificación de la carne" (Notaremos que justamente en este último punto se halla uno de los más actuales motivos de Rabelais: en la afirmación práctica del poder liberador, demistificante, de la risa, en lo que respecta a los denominados complejos de nuestra vida sexual). La fe de Rabelais, sólida y segura se puede, y en cierto sentido se debe, llamar cristiana. Pero agregando inmediatamente que se trata de una variedad especial, totalmente suya, de cristianismo, que podemos definir como *naturalista*. Porque es muy cierto que su irrefrenable gusto por la libertad, el férvido y gozoso amor por la vida, aún en sus aspectos más terrestres, y la misma esperanza en el progreso humano, justamente porque se basan en la confianza en aquella primigenia nobleza del Hombre que terminará por afirmarse con la ayuda de la nueva cultura, confían, en sustancia, en las fuerzas triunfantes de la naturaleza. Y en esta afirmación, de que todo lo que es natural es justo o legítimo mientras esté iluminado por la luz de la razón que Dios nos ha dado, y que la humanidad deberá cesar en la absurda batalla contra sus instintos naturales, liberarse de toda imposición dogmática y decidirse a utilizar libre y alegremente la razón, si no desea continuar traicionándose a sí misma, se halla la verdadera enseñanza, el "mensaje" de la obra de Rabelais.

La "suerte" de Rabelais

Enseñanza y mensaje que, en constante fortuna editorial (a pesar de las prohibiciones y condenas, en los dos siglos posteriores a la muerte del autor se cuenta un promedio de una edición de *Gargantúa* y *Pantagruel* cada dos años), penetraron profundamente en toda la cultura france-



1

1. *Autógrafo de Rabelais de 1537.*

1

sa, no solo literaria, y a través de la misma se convirtieron en parte del patrimonio común de nuestra civilización.

Más que en Montaigne, en Rabelais se inspiraron los autores de aquella *Satyre Menippée* que hacia fines del siglo XVI, cuando se trataba de poner fin a los largos horrores de la guerra civil y religiosa, utilizaron tan bien la ironía y el burlesco para imponer aquel ideal político de tolerancia que se aprehendía fácilmente en su obra y que debía convertirse en base de la nueva sociedad francesa.

Más tarde, si bien el gusto de la época tendía a rechazar aquel lenguaje demasiado rico en términos griegos y latinos y en "pedantesca arrogancia" que había triunfado en el período central del Renacimiento, Rabelais fue el auténtico maestro no solo de todos los autores realistas y burlescos, sino también, y sobre todo, de los filósofos "libertinos"; y los estudios recientes han puesto de relieve la importancia de estas corrientes en cuanto a determinar y también nutrir la más noble literatura del Gran Siglo. Los Cinco Libros de *Gargantúa y Pantagruel,* prohibidos en Francia, llegaban en fardos de centenares de ejemplares desde Holanda. Los mismos eran bien conocidos por La Fontaine, que de ellos extrajera gran provecho; Molière, ciertamente los tenía presentes; no los ignoraba Racine y se valió largamente de los mismos (si bien, en general, con no muy feliz resultado) en sus obras y de ello se alimentó la sátira de La Bruyère, tan pronta a pasar de lo genéricamente humano a lo social.

A continuación, el luchador y precursor de los enciclopedistas, Pierre Bayle, comprometía a un amigo a estudiar a fondo la obra de Rabelais, y así nació (en 1711) la primera edición realizada con cierto método crítico. Y sobre estas huellas Rabelais vino a alimentar continuamente la gran polémica iluminista del siglo XVIII: comenzando por Voltaire, quien lo disfrutó a fondo si bien dando ambiguos juicios sobre el valor total de la obra (por lo que Chateaubriand lo acusará de no haber entendido bien "la alta filosofía" de la misma), y por Diderot, que lo idolatraba. Luego, con la Revolución, Rabelais se convierte en una especie de profeta del laicismo rebelde, como se puede apreciar en las páginas del docto Ginguené, en la *Autoridad de Rabelais en la revolución presente y en la constitución civil del clero* (1791), donde se afirma que el autor de *Gargantúa y Pantagruel* fue "el primero en denunciar las estupideces políticas y religiosas en Francia".

Una interpretación ciertamente parcial, pero no arbitraria, que continuó durante todo el siglo XIX. Mientras el Romanticismo asumía finalmente la obra de Rabelais en toda su riqueza de motivos y original potencia creadora, imponiéndola a la cultura de la época moderna como una de las obras maestras —y tal vez la más rica en fermentos siempre actuales— de la literatura mundial.

Nota:

Las transcripciones de *Gargantua y Pantagruel* utilizadas en este estudio han sido tomadas de la versión española de E. Barriobero y Herrán, C.E.A.L., Buenos Aires, 1969.

Bibliografía

Obras de Rabelais:

La edición fundamental sigue siendo aquella promovida y dirigida por A. Lefranc, París, Champion, 1912-31, interrumpida por la desaparición de Lefranc; *Oeuvres complètes de R.*, a cargo de J. Plattard, París, ed. Roches, 1929, 5 vols., 2ª ed., Les Belles Lettres, 1946; *Oeuvres complètes de R.*, a cargo de J. Boulenger, París, N.R.D., 1933. reimpresa en la "Bibliothèque de la Pléiade", 1951.

En español: Rabelais, *Obras*, Madrid, Aguilar, 1962. *Gargantúa y Pantagruel,* Bs. As., C. E. A. L., 1969.

Estudios críticos: P. Villey, *Fr. Rabelais,* en el vol. *Marot et Rabelais* (pp. 155-338 y 398-403); París, Champion, 1923; J. Plattard, *La vie et l'oeuvre de Rabelais,* París, Boivin, 1928; E. Gilson, *R. franciscain* (en el vol. *Les idées et les lettres*), 1932; G. Perfetto, (Janunculus), *Rabelais e i suoi tempi,* Nápoles, Pironti, 1924. (Envejecido pero muy vivaz y aún útil por la descripción del ambiente era la introd. a la versión de los primeros tres libros de R. del mismo Perfetto). J. Boulanger, *R. à travers les âges* (colección de testimonios, provista de una Bibl. de la obra de R., con estudio iconográfico, etc.), París, Le Divan, 1935; G. Lote, *La vie et l'oeuvre de Fr. Rabelais,* París, Droz, 1938; J. Boulenger, *Rabelais,* París, 1948; R. Lebegue, *R. ou le dernier des érasmiens français,* en el vol. "Pensée humaniste et tradition chrétienne", París, 1950 A. Lefranc, *Études sur Gargantua et Pantagruel, le Tiers Livre,* París, Albin Michel, 1953. (Colección póstuma de escritos del mayor estudioso de R. y de sus textos: sostenedor de la tesis hoy envejecida, de un R. de pensamiento heterodoxo y marcadamente naturalista).

En español: L. Febvre, *El problema de la incredulidad en el siglo* XVI. *La religión de Rabelais, México,* U.T.H.E.A., 1964.

Precio de LOS HOMBRES

ARGENTINA:
Nº 115 al Nº 105 $ 1,50 m$n 150.-

COLOMBIA: $ 7.-
MEXICO: $ 5
PERU: S/ 18

URUGUAY: $ 90
VENEZUELA: Bs. 2.50